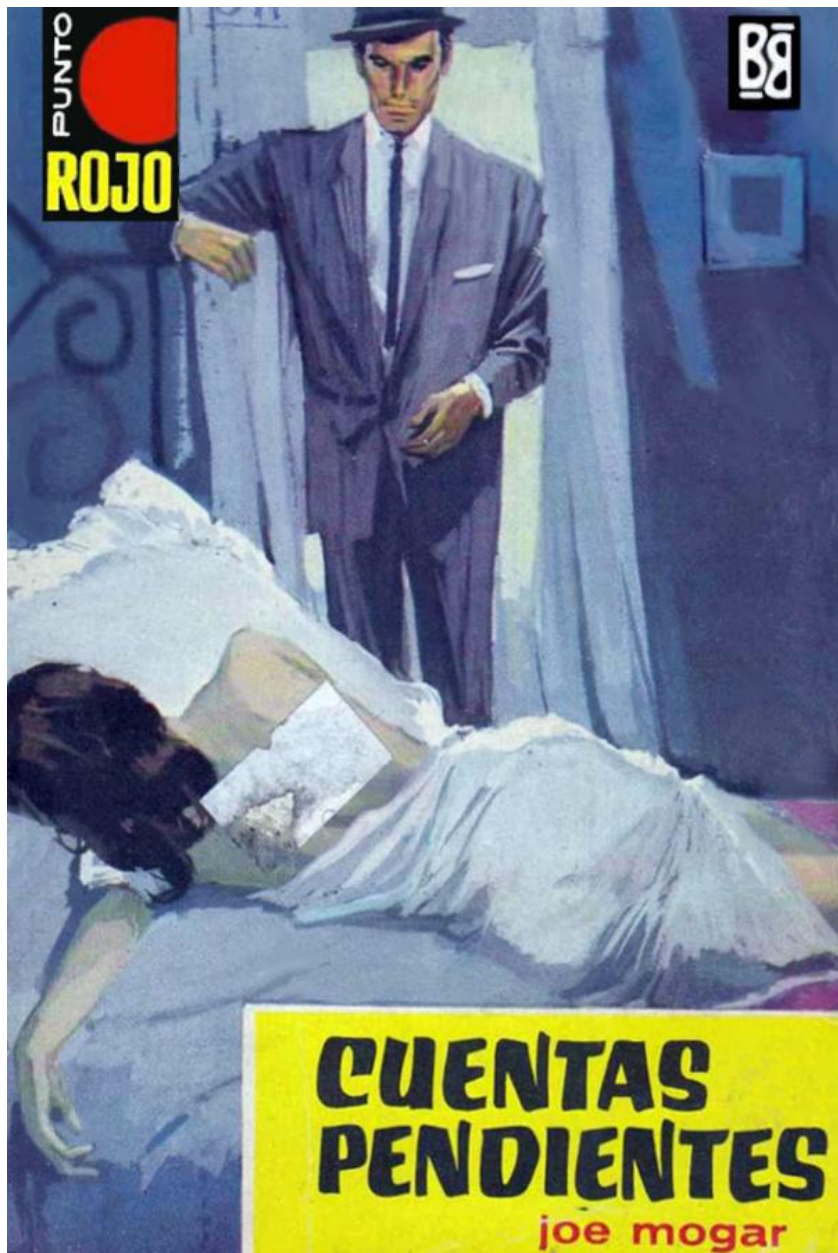


PUNTO

ROJO

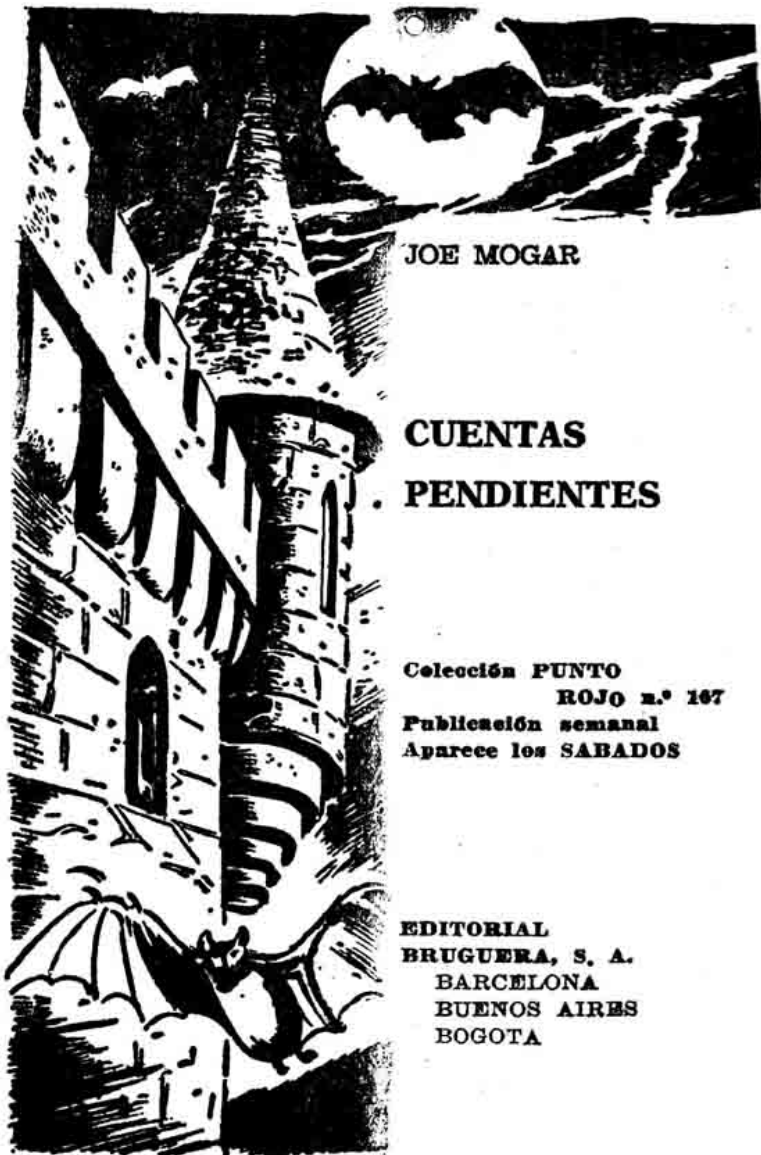
B&B



CUENTAS PENDIENTES

joe mogar

CUENTAS PENDIENTES



JOE MOGAR

CUENTAS PENDIENTES

Colección PUNTO
ROJO n.º 167
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



DEPOSITO LEGAL B 7473 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN - MAYO 1964

© JOE MOGAR - 1964
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© LOZANO OLIVARES - 1964
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 1463/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MSMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:**
827 — ¡Saca, Joe!
- En Colección BUFALO:**
393 — Alias «Pistol Kendall».
- En Colección SERVICIO SECRETO:**
692 — La muchacha de Birmania.
- En Colección CALIFORNIA:**
345 — Un garito en Cuervo.
- En Colección TEXAS:**
364 — Una cabaña en el lago.
- En Colección COLORADO**
334 — Un vaquero en ruta.
- En Colección KANSAS:**
278 — ¡No vuelvas a Cheyenne!
- En Colección BRAVO OESTE:**
88 — Dos balas de plata.
- En Colección PUNTO ROJO:**
92 — Detenga a mi asesino.
- En Colección METRALLA:**
31 — Corresponsal en Corea.

CAPÍTULO PRIMERO

Rex Madigan atravesó los Campos Elíseos mirando a todos lados, con el cuello de la trinchera subido, y el ala del sombrero sobre los ojos.

Lo cruzó en toda su anchura pensando en Dick Thorne. Thorne que también estaría ahora yendo, como él, hacia la taberna de Michel St. Cleire.

Sin abandonar sus pensamientos, Madigan evitó pasar bajo la tenue y azul luz de uno de los faroles, los únicos que muy raras veces se encendían en un país ocupado casi en su totalidad por las tropas alemanas, y avivó el paso.

Los Campos Elíseos quedaron bien pronto atrás, y así, pegado a las fachadas de las casas, caminó apresuradamente introduciéndose ahora por largas y oscuras callejas por entre las cuales caminó por espacio de más de media hora, al cabo de la cual se detuvo junto a un oscuro portal y miró hacia atrás.

Nadie.

No habían seguido sus pasos. Suspiró satisfecho y luego clavó los ojos al frente. A la acera opuesta. Veinte yardas más allá estaba la taberna de St. Cleire.

Pero Morgan no se movió. Esperaba. Sabía que Thorne no había tenido tiempo de llegar aún.

Nunca supo cuánto tiempo estuvo allí, completamente inmóvil, con la mano derecha dentro del bolsillo de la americana, empuñando una pesada automática «Magnum», hasta que repentinamente le vio venir por el otro extremo de la calle.

Entonces se despegó de la fachada y avanzó rápidamente a su encuentro.

—¿Algo nuevo, Thorne? —preguntó al llegar a su lado.

—No. Por lo menos, yo no lo sé.

No hablaron más.

Silenciosamente, puestos de antemano de acuerdo, ambos avanzaron hacia la taberna, y entraron en ella, haciéndolo el uno detrás del otro.

Michel estaba detrás de la barra, con el blanco delantal rodeando su fofu y grasiento cuerpo, y les lanzó una mirada de soslayo. Luego giró en redondo, fue a una de las estanterías, tomó una botella y unos vasos, los colocó frente a ellos y los llenó hasta los bordes de vino dulce y negro.

Thorne fue el primero en alargar el brazo y tomar el vaso. Se lo llevó a los labios y bebió silenciosamente.

Madigan bebió a su vez y luego lo depositó sobre la barra. Fue éste el momento que Michel escogió para decir, después de lanzar una penetrante y fugaz mirada en torno:

—Han atrapado a Jacqueline Dubois, míster Thorne.

La mano de Thorne se crispó sobre el semivacío vaso. Pero la pregunta no surgió de su boca, sino de la de Madigan.

—¿Cómo fue, Michel? —preguntó.

—No lo sé. Simplemente que esta mañana la detuvo la policía. Pero eso no supondría nada, si la policía no la hubiera entregado a la Gestapo. ¡Hablaré, míster Thorne! ¡Habrá hablado ya! Tienen que irse de aquí, por favor. Tienen que hacerlo ahora mismo.

Thorne no replicó. Miró silenciosamente a Madigan y luego apuró el resto del vino. Después clavó los ojos en el grueso rostro de St. Cleire.

—Nos vamos ahora mismo, Michel —dijo fríamente—. ¿Tiene a alguien que nos pueda seguir?

Michel indicó con un gesto la puerta que tenía a su espalda y que daba a la trastienda.

—Ahí tengo un par de hombres —replicó—. No se preocupe, míster Thorne, que le seguiremos.

El aludido esbozó una fría sonrisa.

—Espero que informe si nos ocurre algo, Michel.

—Así lo haré, míster Thorne. Suerte.

El americano no replicó. Dio media vuelta y salió a la calle seguido inmediatamente después por Madigan.

Una vez en la acera, ambos se miraron silenciosamente por espacio de unos cuantos segundos.

—Vamos a ir a casa, ¿no?

La sonrisa de Thorne era fría en extremo cuando replicó:

—Es lo único que podemos hacer, Rex. Recoger lo poco que tenemos allí y largarnos, si es que aún podemos.

Madigan no replicó.

Y ambos en silencio permanecieron junto a la puerta de la taberna durante cierto tiempo, hasta que Madigan vio la fugaz sombra de un hombre, pegado a la fachada de la casa, diez yardas a su espalda.

—Ahí le tenemos, Dick —dijo suavemente.

Thorne dio la callada por respuesta, y sin replicar, avanzó calle abajo. Madigan se colocó a su lado, y ambos avanzaron lo más rápidamente posible, sin volver ni una sola vez la cabeza atrás.

Una hora más tarde, el uno detrás del otro penetraron en un oscuro portal y empezaron a subir por una no menos oscura y sucia escalera, hasta el tercer piso.

Luego un corto pasillo con cuatro puertas. Thorne y Madigan se detuvieron en la tercera de ellas, sin hacer el más leve ruido, y pegaron el oído contra la madera.

Ni el más leve rumor les llegó de dentro. Entonces se miraron el uno al otro, hasta que Madigan extrajo la llave del bolsillo y la introdujo en, la cerradura.

La hizo girar.

Una vez hubieron pasado, la cerró a su espalda, y avanzó unos pasos hacia el interior del sucio y pequeño apartamento, siempre seguido de Thorne.

Repentinamente las luces se encendieron, cegándoles momentáneamente. Después se volvieron a mirar en torno. Había cinco hombres en la habitación.

Cinco hombres vestidos de paisano. Cinco que se pusieron en pie. Pero fue uno de ellos el que pronunció una sola palabra.

—Gestapo.

La respuesta corrió a cargo de Thorne.

—Ya lo he supuesto, aunque esta vez mi olfato ha fallado, ya que siempre huelo las ratas a mil millas de distancia.

Y ya no hubo más. Madigan saltó contra uno de ellos pugnando por sacar la automática mientras que Thorne hacía lo propio, con una poca más de suerte ya que logró disparar contra uno de los alemanes.

Este se vino al suelo con un tiro en la sien, y al segundo siguiente la habitación se convirtió en algo dantesco.

Cuando el estallido de los disparos dejó de oírse. Thorne estaba

caído junto a la mesa, con un tiro en medio de la frente, y Madigan tenía los ojos velados, reflejando la muerte que se le iba acercando velozmente, con tres balazos en los intestinos.

No obstante, los alemanes tampoco habían tenido mucha suerte, ya que de los cinco que había cuando entraron, solo uno podía contarlos, y aun así, tenía un serio balazo a la altura del hombro izquierdo, y la sangre se deslizaba, de su brazo hasta el suelo.

Por un esfuerzo de voluntad, el alemán se mantenía en pie, aunque apoyado contra la pared, sosteniendo aún la pesada automática de reglamento.

Repentinamente soltó una maldición en alemán y luego abandonó el apoyo de la pared.

Tambaleándose avanzó hacia la puerta. Allá en la calle, el hombre que había venido siguiendo a Madigan y Thorne oyó los rápidos disparos. Esperó durante unos segundos, y luego dio media vuelta y se alejó.

CAPÍTULO II

Desde la columna de mármol donde se apoyaba, Chuck Riverton, llevando la copa de *whisky* en la mano, contemplaba el espacioso y bien iluminado *hall* que tenía frente a sus ojos.

Contemplaba también a las mujeres. A Diana Spencer. A Donna Reeder, Verónica Stillman, y a Melisa Riverton. Mistress Melisa Riverton. Su mujer.

Pensaba en muchas cosas. Entre otras que era algo muy agradable ser el marido de Melisa. Dos años de casado le habían conducido a aquella para él maravillosa conclusión.

Continuó mirándola. Como lo hacía siempre que estaba un tanto separado de ella, estudiándola una vez más, tal y como hizo la primera vez que tropezó con ella.

Pensando que era mala cosa que ella no supiera cuál era la clase de trabajo que él hacía. Pero después de todo, ¿no era mejor así?

Melisa era alta, y con una fachada imponente. Con una carrocería que la mayoría de las otras mujeres envidiaban. Rubia y de ojos verdes. Los senos altos, desafiantes, como toda ella. Suaves y firmes las caderas, y las piernas largas y bien torneadas. Maravillosamente torneadas.

De veinticuatro años, era una belleza clásica. Una belleza como no había dos, y de la cual, Riverton se sentía enormemente orgulloso.

Melisa estaba hablando con Marcos Aumont. Francés, y con pasaporte diplomático. Melisa siempre hablaba con Aumont, tal vez porque era de aspecto triste y taciturno. Tal vez porque éste se encontraba descentrado fuera de su patria, y completamente solo en una capital como Nueva York.

Ahora lo estaban haciendo en el rincón más apartado del espacioso *hall* de la casa de Verónica Stillman.

Verónica era la que daba la fiesta. Pensando en ella, Riverton

desvió los ojos de su mujer y la miró.

Espléndida mujer de no más de veinticinco años. Una clásica belleza morena de detonantes curvas y labios de fuego. Como toda ella de pies a cabeza.

Continuó mirando. A Diana Spencer y Donna Reeder. Jóvenes las dos, Diana, tanto o más rubia que Melisa, de grandes ojos negros y piernas de campeonato.

Donna, pelirroja y ojos pardos, tan alta como Melisa, y lo mismo que aquélla, con una carrocería imponente. Bastaba lanzar sobre ella una fugaz mirada para saberlo de inmediato.

Riverton lo sabía, y no por haberla visto en las fiestas. Era algo bien diferente. Un *affaire* con ella que ya había durado demasiado, y que rompió porque su temperamento le exigía nuevos cambios. Y no obstante, amaba a Melisa con toda la fuerza de sus veintisiete años.

Estaba loco por ella. Esa era la verdad.

Riverton estaba pensando en todo aquello. Pensaba también en Verónica. Otra de las muchas mujeres que conocía íntimamente. Pensando también, que la culpa de todo la tenía Joe Stillman, cuando no cuidaba a su esposa tal y como tenía que hacerlo.

Al llegar a este punto de sus pensamientos, Riverton notó que Donna acababa de separarse de Diana y se estaba acercando a él. La vio sonreír y devolvió la sonrisa mientras miraba de soslayo a su mujer.

Melisa continuaba hablando con Aumont, pero sus ojos verdes, tristes y brillantes estaban fijos en él. ¿En qué estaría pensando? Un poco irónicamente se confesó a sí mismo que nunca podía adivinar en lo que pensaba Melisa.

—Hola, querido, ¿te diviertes?

Nuevamente el hilo de los pensamientos de Riverton, se rompe en mil pedazos. Allí estaba ella, frente a él, con la maravillosa boca de rojos y sensuales labios entreabiertos, como invitándole a que la besara.

Miró a Melisa. Continuaba platicando con Aumont. Sonrió a la mujer, y replicó:

—Un poco, Donna.

La respuesta fue rápida como una bala.

—¡Oh! Pero querido; ¿cómo puedes aburrirte aquí estando yo?

Oye, ¿por qué no nos largamos por ahí? No creo que nadie nos eche de menos.

Riverton miró de nuevo a Melisa y entonces ella añadió:

—Tu mujer está bastante entretenida. Por otra parte, la fiesta durará hasta el amanecer. Para cuando termine, podemos estar de regreso, ¿no?

Riverton denegó con la cabeza mirándola a los ojos, sin replicar, y Donna añadió una vez más:

—No tengas miedo, Chuck, que no ocurrirá nada. Por otra parte, deseo hablar contigo sobre ese trabajo que haces.

Riverton arqueó una ceja.

—¿Del Departamento de Defensa? ¿Qué quieres saber, Donna?

En un rincón no muy lejano empezó a sonar un teléfono, y Riverton volvió la vista hacia allí, mientras que ella daba la respuesta a su pregunta.

Una respuesta que él no oyó.

El timbre continuaba sonando. Riverton vio cómo la doncella iba hacia él y levantaba el auricular. Unos segundos después lo depositaba encima de la mesita y caminaba hacia ellos.

Donna le miraba con interés mientras que Riverton estaba pendiente de la doncella, que apenas si tardó en llegar frente a ellos unos cuantos segundos.

—Es para usted, míster Riverton —dijo.

—Gracias, preciosa —replicó él encarando de inmediato a Donna.

Entonces añadió:

—Perdona, querida.

Ella rio suavemente.

—¡Oh! Por mí no te preocupes. Eso por tu mujer. ¡Si te tienes que marchar ahora...!

—¿Qué diablos quieres decir?

—¿Yo...? Nada, querido. Pero piensa que ese francés, ese diplomático exiliado, es un tipo bastante guapo. Casi tanto como tú, y que tu esposa se siente cada día más sola.

Riverton la miró de pies a cabeza y no replicó. Sin volver la vista atrás avanzó hasta el teléfono, tomó el auricular y preguntó:

—Riverton al habla; ¿Quién es?

Luego replicó con unos cuantos monosílabos, colgó, y

atravesando el *hall* sin lanzar una sola mirada a ninguno de los invitados, pasó la puerta hacia el lugar donde había dejado el sombrero.

Lo tomó y se lo puso.

Se volvió girando hacia la puerta que daba acceso a la calle pensando que Melisa no se fijaría en él, tal y como había ocurrido otras veces.

Y se sobresaltó.

Porque Melisa estaba frente a él, impidiéndole la salida, con una dulce sonrisa en sus rojos labios y mirándole con sus grandes y rasgados ojos verdes, con gesto interrogativo.

Riverton fue a decir algo, pero ella se le adelantó formulando ahora de viva voz, la pregunta que antes habían formulado sus ojos:

—¿Vas a salir, Chuck?

—Sí. He recibido una llamada telefónica.

—Y como siempre, dirás que es del Departamento de Defensa, ¿no?

—Es la verdad, querida.

Ella le dedicó una de sus más encantadoras sonrisas.

—Y como siempre, Chuck, será una gran mujer, ¿no? Mucho más hermosa que yo, y tal vez con mejores piernas, ¿verdad?

—¡Melisa! ¿Qué diablos quieres decir? Me llaman del Departamento de Defensa. Eso es todo. Esa es la pura verdad.

Ella se le acercó, rozándole. Levantó el rostro hacia él mirándole fijamente con sus siempre tristes ojos.

—¡Pero si yo te creo, querido! —replicó—. Ha sido sólo una broma. Yo sé, estoy completamente segura de que mi esposo no mira a otra mujer como no sea a mí. Por favor, querido, no te enfades.

Se acercó más, y Riverton solo tuvo que inclinarse un poco para unir sus labios con los de ella. Casi en el acto notó cómo los brazos de su esposa iban a su cuello y luego el fuego de su beso.

Después, él luchando consigo mismo, tuvo que apartarla. Luego ambos se miraron de frente, hasta que unos segundos después, cuando sus pujantes y erectos senos se aquietaron un tanto, ella preguntó sin perder la pícara sonrisa de su boca:

—¿Rubia o morena, Chuck?

—¡Meli...!

—¡Por favor! No vayamos a hacer ahora una escena, querido. Pero no me creerás tan tonta como para no saber cuáles son las aficiones de mí marido, ¿verdad? —hizo una ligera pausa y añadió antes de que él pudiera interrumpirla—. No es que me importe mucho, ¿sabes? Y no me importa, porque tú siempre vuelves a casa. Eres un caso, Chuck.

Le empujó hacia la puerta sin perder su sonrisa.

—Anda, querido, y no la hagas esperar. Siento lástima de ella, si por lo menos se muestra tan impaciente como yo, cuando tengo que esperarte a una hora determinada y tardas en llegar.

Durante unos segundos, Riverton luchó denodadamente contra el deseo de golpearla, hasta que súbitamente comprendió que no debía hacerlo. Que no debía perderle el respeto que le debía. Por lo tanto, sin pronunciar palabra, dio media vuelta y sin volver la vista atrás alcanzó la puerta de la calle.

Se detuvo en la acera para encender un cigarrillo y acto seguido, como al descuido, se llevó la mano a la funda de la axila donde reposaba la pesada y poderosa «Magnum».

Después continuó lentamente, calle abajo, en espera de que algún taxi se atravesara en su camino.

Pensaba en Melisa cuando atravesó la primera bocacalle, y continuaba pensando en ella cuando detuvo un taxi y se acomodó en su interior, dando a continuación las señas del Departamento de Defensa de los Estados Unidos, en su principal agencia, si es que se le puede decir así, de Nueva York.

Luego, y mientras cerraba los ojos, recostado contra el mullido respaldo del asiento posterior, Riverton se dedicó a pensar en Donna. Con la misma intensidad que pudiera haberlo hecho con Verónica Stillman, o tal vez con Diana Spencer.

Mujeres. Con todas había tenido algo. Con la una más que con la otra, y viceversa.

Repentinamente el taxi se detuvo y dejó de pensar en todo aquello para centrar su atención en las palabras del taxista, y en lo que vendría después de que hubiera descendido del taxi.

—Hemos llegado, míster...

Era, verdad.

Desde la ventanilla del taxi, Riverton vio el alto y magnífico edificio donde, el Departamento de Defensa tenía su sede, según la

opinión de todos los millones de habitantes de Nueva York.

—Gracias.

Pagó dando una larga propina que hizo que el taxista le mirara como si estuviera loco, y después, sin volver la cabeza, pero con todos los sentidos alerta por lo que pudiera ocurrir a ambos lados de la calle, atravesó la misma y entró en el portal.

Riverton caminó rápidamente hacia uno de los seis ascensores, entró en uno de ellos e indicó al ascensorista:

—Al piso veintinueve, Chick.

—De acuerdo, míster Riverton —replicó aquél dedicándole una de sus contadas sonrisas.

Después se hizo el silencio entre los dos hasta que el Chick Reeves lo rompió:

—Hemos llegado, míster Riverton —dijo.

De nuevo dio las gracias, abandonó el ascensor y caminó rápidamente por el iluminado, ancho y lujoso pasillo hasta una puerta cuyo rótulo pintado en negro decía:

H. V. Steele. Private

Nada más.

Para cualquiera, esto tenía un significado bien diferente al de la realidad. Pero Riverton, tanto él como todos los demás sabía que H. V. Steele era el jefe supremo del servicio de contraespionaje, en Nueva York.

No sabía para qué le llamaba, pero estaba seguro de que no sería para nada bueno. Tal vez tuviera que saltar sobre Francia. París o Marsella podían ser sus futuros campos de operaciones.

Unas operaciones que la mayoría de las veces conducían a la muerte, bien por los delatores, los traidores, o por causas equivalentes a que la Gestapo, la nefasta e inhumana Gestapo alemana, era tan cruel como avisgada en su servicio de contraespionaje.

Pero no era nada de aquello. Riverton lo supo minutos más tarde de empujar la acristalada puerta que le cerraba el paso hacia el despacho de H. V. Steele.

La empujó sin llamar, y entró avanzando hacia la mesa que tenía frente él. Una gran mesa llena de papeles, detrás de la cual se

sentaba un hombre.

Riverton cada vez que le veía le calculaba la misma edad. Sesenta años aproximadamente. Alto, fuerte, ágil a pesar de aquel cálculo suyo, el pelo completamente blanco y los ojos grises, del color de los suyos propios, acerados y fríos como el hielo.

El mentón cuadrado, como forjado a golpes de cincel, e irradiando seguridad por todos los poros de su atlético cuerpo.

—Siéntese, Riverton —dijo apenas si le vio cruzar el umbral de la puerta—. Siéntese y escuche, ya que no deseo perder mucho tiempo.

Así era siempre. H. V. Steele iba siempre derecho al grano. Tanto es así que los demás miembros de la organización le llamaban la «línea recta»

Riverton lo hizo sin replicar. Como tantas y tantas veces. Y al hacerlo pensó de nuevo en Melisa. Ahora era verdad, como lo había sido también en muchas ocasiones. Ahora «no había otra mujer». Ahora era simplemente otra de las muchas ocurrencias de H. V. Steele.

Desde luego, éste no deseaba perder tiempo, ya que empezó a hablar tan pronto como Riverton se hubo sentado.

—Rex Madigan y Dick Thorne han muerto en París, Chuck. Les atrapó la Gestapo.

Riverton le miró fijamente durante unos cuantos segundos y luego preguntó:

—¿Cómo fue?

Una sonrisa entre irónica triste se dibujó en los labios delgados y un tanto crueles de H. V. Steele.

—Alguien de aquí, de Nueva York, estaba enterado de todo lo nuestro. Según noticias, atraparon primero a Jaqueline Dubois. Primero lo hizo la policía, y luego, ésta la entregó a la Gestapo. Confieso que no me hubiera gustado estar en el pellejo de la chica. Por lo tanto, no me extraña que la pobre haya hablado hasta por los codos. ¿Comprende, Chuck? Por eso murieron Thorne y Madigan. Ahora...

—Debo ser yo el que salte en las intermediaciones de París, ¿no? —interrumpió Riverton, pensando en Melisa y en Aumont.

H. V. Steele le atajó con un gesto.

—Nada de eso, Chuck —dijo fríamente.

—¿Entonces...?

—Si no me interrumpe lo sabrá en el acto, Chuck —atajó a su vez—. El chivato está aquí, en Nueva York. Es...

Riverton no pudo evitarlo, y le interrumpió a su vez:

—No me dirá que se trata de Bugg von Harbou, ¿verdad?

La sonrisa que Steele le dedicó era la más sucia que jamás Riverton viera en boca humana. Luego le llegó la respuesta:

—Pues sí, Chuck. Era él. Fue él, como comprenderá.

—Y durante más de una hora, H. V. Steele continuó sin ser interrumpido por Riverton ni una sola vez.

Cuando terminó, Riverton estaba frente a él, con un cigarrillo en la mano derecha, y una fría sonrisa en los labios, tanto o más crueles que los de su jefe.

—Conque misión de castigo, ¿verdad, míster Steele?

Este sonrió antes de replicar, y su sonrisa fue aún más sucia que la anterior.

Pero no replicó. Por lo tanto, Riverton añadió secamente:

—¿Cómo vamos a hacerlo?

—Será bien sencillo, Chuck —replicó H. V. Steele, haciéndolo con aterradora frialdad—. Escuche...

Durante más de media hora continuó explicando el plan que se le había ocurrido. Y mientras le escuchaba, Riverton pensó que era una nueva noche en blanco para Melisa.

Una nueva noche en la que ella creería lo peor de él.

Después, y mientras que H. V. Steele daba por terminadas sus explicaciones, se dijo a sí mismo que Melisa tenía demasiada paciencia con él. Pero no tenía culpa alguna.

Por lo tanto escuchó hasta que H. V. Steele acabó con la larga explicación.

Luego, éste, antes de que Riverton dijera o pudiera decir nada más, añadió:

—Le acompañará Pool Holden. Póngase en contacto con él tan pronto como salga de aquí. Pool está esperando su llamada, dentro de su apartamento. Y buena suerte, Chuck.

Riverton había oído aquella frase infinidad de veces, y sin hacer caso de ella se puso en pie. H. V. Steele, le imitó y acto seguido le tendió la mano que estrechó fuertemente.

Unos segundos más tarde se encontraba nuevamente en la calle.

Pero ahora Riverton no tomó ningún taxi. Lentamente, como si no tuviera prisa en llegar a ninguna parte, pero con el pensamiento puesto en Melisa caminó calle abajo hasta que repentinamente se topó con una cabina telefónica.

Entró en ella y discó.

Durante tres o cuatro minutos oyó la señal de llamada al otro lado de la línea, hasta que súbitamente alguien descolgó el auricular.

—¿Quién llama? ¿Dígame...?

Era Pool Holden. Riverton le reconoció al instante.

—Soy Chuck, Pool —le dijo—. El viejo me llamó diciéndome que todo estaba listo. Que las últimas instrucciones...

—De acuerdo —atajó el otro—. ¿Dónde puedo verte dentro de un cuarto de hora?

—Estoy en la Calle 13 Este, Pool. En una cabina telefónica— miró por la acristalada puerta de la cabina y añadió—: Escucha, Pool, frente a la cabina, al otro lado de la calle, hay un bar. Te espero allí.

—De acuerdo, Chuck. Dentro de quince minutos.

Colgó.

Riverton depositó suavemente el auricular en la horquilla, extrajo el paquete de cigarrillos, encendió uno, abandonó la cabina telefónica y empezó a cruzar la calle.

Una frialdad aterradora le acometía. Lo mismo que le ocurría siempre que tenía que efectuar un trabajo como aquél. Luego vendría la depresión nerviosa, seguida de todo lo demás.

Lo mismo que otras veces, en Birmania, en Francia, y en tantos y tantos otros lejanos lugares.

Pensó en Melisa cuando empujó la puerta del bar y entró, para avanzar acto seguido hacia la barra. Se acomodó en uno de los altos taburetes con los ojos fijos en las preciosas piernas de tres mujeres que había en el fondo del local, sentadas en torno a un pequeño velador.

—Whisky —pidió sin dejar de mirarlas.

Pensaba en Melisa haciendo comparaciones. ¿Qué pensaría ella de su escapada? ¿Cómo le recibiría al día siguiente?

Se encogió levemente de hombros volviéndose ya hacia la barra. Tomó el vaso de *whisky* y lo apuró casi de un trago. Después

contempló el fondo del vaso como si en éste pudiera lograr la solución a todos sus problemas.

Pidió otro. Apenas se llevó el vaso a los labios, cuando la puerta se abrió dando paso a la figura elástica y fuerte de Pool Holden.

A través del cristal del espejo, Riverton vio los rizos rubios de su pelo por debajo del ala del sombrero que llevaba.

Holden se acercó a la barra, se colocó a su lado y también pidió *whisky*.

Empezó a beber lentamente, también con los ojos fijos en las magníficas piernas que había más allá, al fondo del local.

Riverton acabó de apurar el *whisky* que le quedaba, pagó, abandonó el taburete y salió a la calle. Caminó lentamente en dirección al coche que Holden había estacionado frente a la puerta del establecimiento de bebidas. Penetró en él, se recostó contra el asiento, extrajo un cigarrillo y le prendió fuego.

Dos minutos después vio salir a Holden. Este miró a ambos lados de la calle, la cruzó después, abrió la portezuela y se situó frente al volante.

—¿Nos vamos? —preguntó.

Riverton dio su asentimiento con un gruñido, y mientras el coche se ponía lentamente en marcha, se dedicó a pensar en Melisa. Y en Donna Reeder. Tenía que hacerlo aunque no quisiera.

Donna era una hermosura de mujer. Algo inolvidable a pesar de Melisa. A pesar de estar loco por Melisa.

La súbita voz de Holden le interrumpió en lo mejor de sus pensamientos.

—Te llevaré hasta la carretera 21, Chuck. Tú seguirás en el coche hasta la casa de Bugg von Harbou — consultó su reloj y añadió—: Cronometra tu reloj con el mío, Chuck. Tengo la una y cuarenta y cinco. Para las dos y veinte tienes que estar de nuevo en la carretera veintiuno, justo en la milla diez y ocho. ¿Conforme?

Riverton inició una torcida sonrisa y acarició la culata de la «Magnum».

—Allí estaré, Pool —replicó fríamente.

—Eso espero.

No hablaron más. E igual que siempre, mientras que el coche se deslizaba rápidamente por la carretera, Riverton se dedicó una vez

más a pensar en Melisa.

En todas las cosas que Melisa tenía encima, y en aquel asunto que llevaba aquella noche entre manos.

Finalmente el coche se detuvo junto a la cuneta de la carretera, y Riverton dejó de pensar para centrarse ahora en el trabajo que tenía que efectuar.

Miró a Holden, notando que éste le estaba mirando a su vez.

—Suerte, Chuck —dijo tendiéndole la mano.

Como siempre. Igual que en otras tierras, que en otras partes del globo. «¡Suerte, Chuck!» Eso era todo. Pero Riverton sabía, estaba seguro, que un día u otro esta suerte fallaría. Entonces Melisa se quedaría sin él.

Verónica, Diana y Donna, ¿dónde quedarían ellas?

Riverton, sin que por un solo segundo los pensamientos abandonaran su mente, contempló cómo Holden abría la portezuela del «Nash» y descendía a la carretera. Luego cómo empezaba a alejarse hacia un grupo de árboles que había a la orilla izquierda de la misma, sin volver la cabeza atrás.

Miró al frente, hacia la carretera que se deslizaba por delante de él hasta perderse en la distancia en una fantástica recta. Embragó, y poco a poco despegó el coche del bordillo de la carretera, y una vez en el centro de ésta pisó a fondo lanzándose hacia adelante como una bala.

CAPÍTULO III

Era una quinta estilo colonial.

Una maravillosa quinta de dos plantas, campo de tenis y piscina. Von Harbou vivía bien. Alemán de nacimiento, nacionalizado americano desde 1936, fecha en que llegó a los Estados Unidos, con nada más que lo puesto, había sabido ir subiendo poco a poco primero, y más rápidamente después, hasta convertirse en lo que era hoy.

Un millonario. Uno de los muchos millonarios de la capital neoyorquina. Y a pesar de sus millones, Riverton sabía que iba a morir aquella misma noche.

Sabía que no tenía suficientes dólares para comprar la vida.

No le gustaban los nazis y von Harbou lo era. Era además el hombre que tenía medios suficientes para pasar información a un enemigo que era común a todo el mundo civilizado. Era también el hombre que había hecho posible la muerte de Thorne, Madigan y Jaqueline. La pequeña Jackye.

Sin poderse contener, Riverton lanzó una maldición mientras con los faros apagados maniobraba para entrar el coche por el ancho y bien pavimentado camino que conducía desde la carretera hasta la quinta.

No pensaba ahora en Melisa ni en mujer alguna. Tampoco pensaba en Marcos Aumont. Su mente estaba ocupada por completo con la figura de von Harbou, el hombre que debía matar aquella noche.

Un accidente. Eso sería para el vulgo, para los amantes de las lecturas sensacionalistas; pero no para H. V. Steele, ni para todos cuantos se veían envueltos en aquel asunto desde casi el mismo momento en que los Estados Unidos entraron en la guerra que estaba asolando Europa y todo el Pacífico.

Para ellos sería un caso más al que se le daba el carpetazo, con

una simple palabra: «Concluido». Para el servicio de espionaje alemán...

Sería lo mismo. Un caso acabado, y un caso que en otra parte debía de empezar de nuevo.

Riverton detuvo el coche bajo unos árboles después de haberlo sacado del camino, y descendió de él llevando ahora la «Magnum» en el bolsillo de la americana. Avanzó sobre la tierra del jardín que circundaba la finca en dirección a la casa, preguntándose si von Harbou estaría solo en aquel momento, o en compañía de cualquier hermosa mujer.

O con alguno de sus hombres.

Rogó porque estuviera solo. No le gustaba tener que emplear la «Magnum» contra él. Si lo hacía, la teoría del accidente caería a tierra en el acto, y aquello no le gustaba. Tampoco le gustaría a H. V. Steele.

A míster H. V. Steele no le gustaban los fracasos.

Lentamente, confundiéndose con las sombras. Riverton llegó hasta la misma pared de la quinta. La puerta principal, estaba cerrada. Junto a la misma consultó el reloj.

Las dos menos cinco.

Tenía que darse prisa.

Sin un solo rumor que delatara su presencia, Riverton la rodeó buscando la puerta de la leñera. Sabía que tenía que haber una. Todas las quintas las tenían, y aquella no iba a ser la excepción de la regla.

No se equivocó. Había una puerta, y estaba abierta. Riverton se deslizó por ella hacia el interior, y tanteando la pared de su derecha, en la más completa oscuridad avanzó buscando una escalera que le condujera al interior de la vivienda.

La encontró unos minutos después y subió por ella, haciéndolo lentamente, hasta que su cabeza tropezó con la trampilla que había encima de él.

La tanteó con los dedos. Luego escuchó. El silencio era absoluto. Extrajo la pequeña linterna eléctrica, un poco más gruesa que un lápiz y la encendió. Durante unos cuantos segundos estuvo estudiando la cerradura y luego empleó en ella una de las ganzúas que llevaba en el bolsillo.

Unos segundos después tenía el paso libre.

La cocina. Frente a donde estaba una puerta. Simplemente entornada. Con la mano pegada a la culata de la «Magnum», Riverton la atravesó.

El comedor. Lo atravesó y continuó avanzando hasta que repentinamente se vio en el amplio y lujoso vestíbulo. Se detuvo junto a unos cortinajes llevando ahora la «Magnum» en la mano, con los ojos fríos y duros fijos en la rendija de luz que se divisaba frente a él, y por debajo de una de las tres puertas situadas a ambos lados del vestíbulo.

Rápidamente ahora, Riverton avanzó hacia aquella puerta. Se detuvo junto a la misma durante unos cuantos segundos, y luego la abrió de un empujón.

La biblioteca. Llena de libros y de buenos volúmenes que hablaban por sí solos de la cultura que el alemán debía poseer. Un alemán que se estaba levantando ahora, precipitadamente, desde detrás de la enorme mesa llena de papeles, después de dejar caer el libro que estaba leyendo.

—Buenas noches, von Harbou. Confiese que no me esperaba, ¿verdad?

Los ojos negros del alemán semejaron un par de duras rendijas cuando los fijó en el rastro de halcón de Riverton.

No replicó. Pero la verdad es que estaba esperando algo de aquello desde hacía unos cuantos días. Sin embargo, el mando había deseado que se quedara en Nueva York. ¿Por qué?

Von Harbou no lo sabía. Como tampoco sabía por qué le habían cazado en su propia casa. Y por qué había tenido aquel descuido.

—Pase y siéntese, ¿quiere?

Habló fríamente, sin matices, sin inflexiones en la voz. Riverton avanzó hacia el interior de la biblioteca, se detuvo en el centro, frente a él, pero no se sentó.

Habló de nuevo.

—He venido a hacerle una proposición, von Harbou —dijo—. Si acepta, nosotros mismos le facilitaremos la salida de los Estados Unidos.

—¿Y si no?

Riverton se permitió una dura sonrisa.

—Ya sabe cuál es la respuesta a su pregunta, ¿no? —replicó.

—Sí, creo que sí. Veamos cuál es la proposición.

—Hablar. Contestar a todas y cada una de mis preguntas, y con la verdad.

El alemán rió casi alegremente.

—Si hablo, no tendré un lugar en el mundo donde permanecer tranquilo, y usted lo sabe.

—Puede que sea así, pero eso no es cuenta mía. Ahora, si calla, seré yo el que...

—Me quitará de en medio, ¿verdad?

—Esa es otra de las preguntas para las cuales no hace falta respuesta alguna, von Harbou. ¿Está dispuesto a hablar?

El alemán sonrió.

—¿Cuál es esa o esas preguntas? —replicó después de la sonrisa.

—Deseo saber de qué modo pasa la información al enemigo, y el nombre de los principales agentes nazis, aquí, en Nueva York.

—Creo que es demasiado todo eso —replicó von Harbou.

—¿Entonces...?

—Simplemente que no tengo nada que decir.

Riverton sonrió de nuevo. Una vez más, y con más dureza que la anterior.

—Salga de detrás de esa mesa —ordenó fríamente.

Von Harbou obedeció en silencio. Riverton dio unos cuantos pasos hacia él, se detuvo y de nuevo ordenó:

—Vuélvase de espaldas, por favor.

El alemán obedeció mientras preguntaba:

—¿Va a matarme así, de espaldas y aquí?

Riverton soltó una corta y seca carcajada y no replicó. Fue hasta él y hábilmente le registró. Von Harbou no llevaba una sola arma encima.

Retrocedió unos cuantos pasos.

—Vuélvase —dijo.

El alemán lo hizo así, y entonces añadió:

—Avance hacia la puerta, pero con cuidado. No deseo, matarlo aquí, ni en este momento.

El rostro del alemán se mostró tan impasible como una roca. Si tenía miedo, lo disimulaba perfectamente bien, y muy a su pesar, Riverton lo admiró por esto.

Avanzó hacia donde le indicaba. Riverton fue detrás y así, en el más completo silencio, alcanzaron la puerta de la calle. Von Harbou

la abrió y siempre llevando detrás a Riverton, cruzó el umbral.

—Ahora, ¿hacia dónde?

—Hacia aquellos árboles que hay a la derecha del camino —replicó Riverton—. Suba al coche, y conduzca usted.

—¿Hacia dónde?

—Se lo diré en la carretera—. No obstante, vamos a dar un paseo a lo largo de la misma.

Von Harbou sabía cuál iba a ser el final de aquel camino: un balazo en la espalda, y su carrera por y para el nazismo habría acabado. No obstante, sabía que nada podía hacer. Sabía también que se lo había merecido. Que se merecía una y mil veces la muerte, al traicionar como había traicionado a un país que desde un principio se lo dio todo, sin pedirle nada a cambio.

Nombres como el de Thorne, Madigan, Jacqueline Dubois, miembros del servicio de contraespionaje americano, G-Man, y hombres del F.B.I., habían caído en los campos de Francia, víctimas de sangrientas y traidoras emboscadas.

Víctimas de la Gestapo entre horrorosas torturas. ¡La temible Gestapo alemana, con sus métodos para hacer hablar a las personas!

Riverton también sabía de esto. Y ahora, mientras que von Harbou conducía hacia la milla 18, Riverton pensaba en todo aquello.

Pero no dijo nada hasta que faltaba media milla para llegar a su destino. Fue entonces cuando preguntó:

—¿Prefiere continuar callado, von Harbou?

—No tengo nada que decir. Esa es mi única respuesta.

Riverton no replicó. Y tampoco dijo nada cuando, de una manera repentina, el coche dio un bandazo yéndose al centro de la carretera. El alemán soltó una exclamación en su propia lengua y empezó a luchar con el volante hasta que detuvo el coche junto a la cuneta, justo en el indicador de carretera que marcaba la milla 18.

—¿Qué ocurre ahora?

Von Harbou ladeó la cabeza y le miró.

—No lo sé, aunque creo que una de las ruedas va un poco floja.

Riverton sabía que era aquello, pero lo que dijo fue:

—Bajaré a verlo. Pero no haga tonterías, ya que no dejaré de apuntarle un solo segundo.

Descendió del coche después de levantar la capota, con objeto

de dar la sensación a von Harbou que no deseaba perderle de vista ni un solo segundo.

Miró la rueda. Estaba mucho mejor de lo que esperaba. Con un poco de esfuerzo lograría hincharla de nuevo después de ajustar convenientemente la válvula que había aflojado con anterioridad con objeto de que no perdiera más aire.

Habló mirando fijamente a von Harbou.

—La rueda trasera izquierda se ha deshinchado un poco. Quédese dónde está, o le mataré aquí mismo, von Harbou.

El alemán no replicó.

Riverton levantó la tapa del portamaletas y sacó la bomba de aire. Sin perder de vista al agente, alemán, puso manos a la obra mientras que el motor del coche continuaba funcionando al ralentí.

Tardó diez minutos en hinchar la rueda y ajustar la válvula mientras pensaba: «Ahora lo hará... No tiene más remedio que hacerlo ahora...»

Levantó la bomba, se acercó al portamaletas y entonces ocurrió lo que estaba esperando.

Repentinamente el coche saltó hacia adelante con un rugido de su potente motor, alcanzó el centro de la carretera y corrió como una bala hacia la lejana curva que había casi una milla más allá.

Riverton dejó caer la bomba a la cuneta y quedóse con los ojos fríos y duros fijos en las luces piloto del coche que se alejaba, sabiendo que nunca alcanzaría la curva.

No la alcanzó. Repentinamente, viniendo de uno de los ramales de la carretera, apareció un camión también lanzado a más de setenta millas por hora, justo en el momento que el «Nash» alcanzaba dicho lugar.

Von Harbou no tuvo tiempo de frenar. No tuvo tiempo tampoco de girar el volante ni de hacer nada para evitar la colisión, que se produjo segundos después.

El «Nash» fue alcanzado en el centro, levantado como si fuera una pluma, y luego lanzado contra la alambrada que señalaba lo peligroso de la curva.

El alambre se rompió y el coche, con un crujido siniestro, se precipitó por el hueco hacia el acantilado cortado a pico, mientras el camión se detenía casi en seco, junto a la destrozada alambrada.

Riverton avanzó lentamente hacia el mismo mientras que en el

interior de éste, Holden daba marcha atrás, maniobraba después, para colocarlo con el motor apuntando hacia Nueva York.

Luego esperó la llegada de Riverton.

—¿Listo? —preguntó éste cuando llegó a la puerta de la cabina.

Sin replicar por el momento, Holden saltó de ella al suelo. Entonces lo hizo.

—Quédate aquí unos momentos, Chuck —dijo—. Yo voy a cerciorarme.

No dijo más, ni hacía falta para Riverton, que asintió en silencio.

Después le vio alejarse y desaparecer hacia el hueco de la alambrada y subió a la cabina del camión. Encendió un cigarrillo y entrecerró los ojos, notando que lo mismo que siempre, la tensión de nervios que le había sostenido hasta aquel momento le iba abandonando rápidamente.

Necesitaba un trago de *whisky*. Le hacía falta como nada en el mundo. En otras ocasiones había llevado la chata botella en el bolsillo trasero del pantalón, pero ahora no la tenía.

Riverton registró la cabina, pero Holden no tenía *whisky*. Sonrió duramente y cerró los ojos. Con ellos así esperó fumando nerviosamente hasta que oyó los pasos de Holden muy cerca del camión. Abrió los ojos y sacó la cabeza por la ventanilla.

Holden estaba llegando llevando una mueca en su curtido rostro, oscuro como el de un indio.

Abrió la portezuela y sin pronunciar palabra se colocó frente al volante. Pulsó el *demarré*, embragó, y rápidamente empezó a alejarse de allí camino de Nueva York.

Fue cuando faltaba poco para llegar, cuando Holden rompió el silencio que pesaba sobre los dos como una losa de plomo.

—Tengo que dejarte un poco antes de llegar a Nueva York, Chuck —dijo—. Son órdenes del viejo, ¿comprendes?

Sonrió, pero su sonrisa era sucia.

—¿Estaba...?

—Sí. Un espectáculo como para hacerle desear a uno, otra clase de trabajo, Chuck.

Eso fue todo hasta que Holden detuvo el camión a menos de media milla del puente de Brooklyn.

—Bájate aquí, Chuck —dijo—. Y hasta otra.

No se dieron la mano. No se desearon suerte. Ahora, cada uno

iría a su domicilio, a esperar nuevas órdenes, o a vivir bien, en lo posible, durante un tiempo más o menos largo. Hasta que de nuevo H. V. Steele les llamara.

Así una y otra vez. Así siempre. Pero Riverton no podía quejarse, ya que él mismo fue el que escogió aquel camino, mortal la mayoría de las veces.

Con el ala del sombrero sobre el rostro, el cigarrillo entre los labios delgados y ahora con un rictus entre cruel y amargo en ellos, Riverton avanzó rápidamente hacia Nueva York.

Eran las tres y cinco de la madrugada cuando atravesaba el puente de Brooklyn buscando la boca de uno de los «sub» que le condujera hacia el centro.

¿Melisa?

Claro que sí. ¿Qué otra si no? Pero antes necesitaba un *whisky*.

Alcanzó Broadway a las tres y dieciocho minutos, y a las tres y veinte entró en un bar. Se encaramó en uno de los altos taburetes y pidió *whisky*, procurando por todos los medios no sentirse atraído por alguna de las bellezas que había cerca de él, tanto en la barra como en las mesas que tenía a su espalda.

Se notaba cansado, sin ganas para nada, como no fuera la de beber. Beber hasta emborracharse. Siempre, siempre le pasaba lo mismo.

CAPÍTULO IV

Levantó el vaso y lo apuró de un trago ante la mirada un tanto asombrada del *barman*. Luego pidió otro y acto seguido abandonó la barra y se encaminó hacia la cabina telefónica.

Discó.

Casi al instante, y desde el otro extremo del hilo, le llegó la voz de H. V. Steele. Steele, el hombre que según los que le conocían bien, no dormía nunca.

Riverton empezaba a pensar que aquello era cierto y no una leyenda.

—Riverton al habla —dijo secamente—. Todo fue bien.

—¿Accidente?

—Sí. Un camión se estrelló contra él lanzándole a un precipicio con coche y todo, a dieciocho millas de Nueva York.

—Buen trabajo, Chuck.

Siguió un silencio que duró unos cuantos segundos, y luego

H. V. Steele añadió:

—Si no está muy cansado, Chuck, le agradecería que viniera ahora. Tengo algo para usted que puede ser la continuación de esto.

Riverton asintió, colgó y regresó a la barra. Bebió el *whisky* haciéndolo ahora lentamente, con el pensamiento en Melisa.

Otra noche en blanco para los dos. Otra noche en la que ella esperaba en vano su llegada. Sacudió la cabeza, abonó la consumición y salió a la calle.

Frente a la puerta del bar esperó unos cuantos minutos hasta que logró detener un taxi. Se arrellanó en el asiento posterior, dio la dirección y cerró los ojos.

Pensaba en Verónica. Pensaba en Donna, y, ¿cómo no? también en Diana. Riverton pensaría en cualquier mujer, hasta que no se le pasara el efecto de la muerte de Bugg von Harbou.

Era algo que ni él mismo podía evitar, por mucho que se lo

propusiera, ya que indefectiblemente ocurría así cada vez que un hombre moría por su mano o por su culpa.

¿Nervios?

Podía ser. También podía ser así, refiriéndose al *whisky*. Necesitaba beber. No le gustaba la «misión de castigo», pero el Servicio Secreto exigía eso y mucho más. Por lo tanto, lo mejor era no pensar en ello.

No obstante, él creía saber que aquello no era una simple misión de castigo, que no era lo mismo que las otras veces.

Riverton supo que no se había equivocado apenas se enfrentó a H. V. Steele y este empezó a hablar, mientras le alargaba un sobre completamente lacrado.

—Ahí tiene los nombres de nuestros agentes en Francia, Chuck —dijo—. Deberá entregárselos a Phil Malden antes de las doce del día de hoy. ¿Comprende? Malden tiene que saltar sobre Francia a las tres de la madrugada que viene. Saldrá en avión, de cierto lugar, a las doce de esta noche.

Riverton miró el sobre por todos lados, y después se quitó la chaqueta. Descosió el forro, lo introdujo entre éste y la tela y luego pidió aguja e hilo para coser.

H. V. Steele se lo facilitó todo con la sonrisa en los labios.

Una vez hecho esto, Riverton se puso de nuevo la americana y preguntó:

—¿Algo más, míster Steele?

H. V. le miró fijamente durante unos cuantos segundos y luego replicó:

—No. Como no sea recomendarle una vez más que tenga cuidado, Chuck.

—Lo tendré. Puede estar seguro de ello.

Pero se equivocaba de medio a medio, aunque él no lo sabía en aquel entonces.

—Entonces será mejor que me largue, ¿no?

H. V. sonrió levemente, y esto hizo que su rostro se iluminara por espacio de unos segundos de manera extraordinaria.

—Puede hacerlo cuando guste, Chuck. Y no olvide que debe cuidarse mucho. Usted es uno de mis mejores hombres y no desearía que le ocurriera algo.

—No se preocupe. Me cuidaré —replicó.

Pero pensaba en Melisa cuando lo dijo. Por nada del mundo deseaba dejar viuda a una mujer como la suya. Una mujer que desde los pies a la cabeza lo tenía todo, hasta para repartir entre las demás.

Alcanzó la calle tres minutos después.

No esperó ni buscó un taxi. Riverton caminó aprisa por la acera, mezclándose con el público trasnochador, buscando con la vista un bar donde pudiera tomarse un *whisky*.

Pensaba en el encargo de H. V. Steele. Pensaba en muchas cosas, en si no tendría también que saltar sobre Francia en una de aquellas mortales misiones.

Se encogió de hombros justamente cuando daba vista a un bar. Entró y avanzó rectamente hacia la barra. Se acomodó en ella y pidió un Bacardí.

Se lo sirvieron y lo bebió.

Después otro y otro. Luego un *whisky*. Empezaba a beber de este último cuando se dijo a sí mismo que no debía beber tanto.

Pagó lo consumido y de nuevo se vio en la calle, caminando, pensando en Melisa. En lo que diría Melisa cuando le viera llegar. Y lo que era peor, es que no lo haría hasta bien entrado el día siguiente.

Consultó el reloj. Las tres y cinco de la madrugada. Continuó caminando pensando en los muertos. En Thorne, en Jacqueline, a la que no había conocido, y en Madigan.

Para él solo eran nombres. Pero nombres que representaban un ideal. Su ideal. El ideal de los Estados Unidos.

Una sombra fugaz se cruzó a su derecha. Riverton la miró de soslayo y continuó caminando por la ahora desierta calle. Otra un poco más allá. Casi frente a él.

Se detuvo y miró en torno.

Nadie, a no ser aquellas dos sombras y él mismo. Pensó en el sobre que llevaba cosido al forro de la americana y entonces introdujo la mano en el bolsillo de la misma. Sacó un arrugado paquete de cigarrillos y encendió uno.

Avanzó unos cuantos pasos dando la impresión de encontrarse sumido en sus propios pensamientos.

Dio muy pocos. Tres o cuatro, antes de que a su izquierda brotara un lengüetazo de fuego. Pero cuando aquél surgió de la

negra boca del arma, Riverton ya se encontraba rodando por el suelo, con la «Magnum» en la mano.

Frente a él vio correr una sombra fugaz y disparó contra ella, haciéndolo a boleo.

La sombra se detuvo en seco, dio un traspié y luego enterró la cara en el asfalto mientras que desde el oscuro portal donde se guarecía, el segundo hombre disparaba de nuevo contra él.

Riverton oyó el silbido del plomo junto a su cabeza y dio un par de vueltas sobre el suelo. Luego se puso súbitamente en pie.

El hombre estaba ahora en la acera opuesta. Riverton vio frente a él nuevos lengüetazos de fuego y humo, pero sin oír una sola detonación.

Detrás suyo las pesadas balas levantaron el estuco de la pared, y disparó por segunda vez mientras saltaba de costado. Pero aquella precaución suya ya no hizo falta. El forajido, o el hombre al servicio de los nazis, se tambaleaba en el mismo filo de la acera.

Unos segundos después, Riverton le vio caer contra el asfalto de la calle. Miró en torno sabiendo que los disparos de la «Magnum» debían haberse oído a gran distancia, y corrió hacia él.

Estaba caído boca abajo. Con la puntera del pie le volvió de cara y lo examinó. No le conocía. No le había visto nunca. Tres minutos después, Riverton llegaba a la misma conclusión con el segundo de ellos.

Luego se alejó de allí, con el pensamiento puesto en H. V.

¿Qué diría Steele cuando supiera aquel ataque? Indudablemente pensaría lo que él. Aquellos dos iban por el sobre con las listas. ¿Por orden de quién?

Riverton continuó avanzando rápidamente por espacio de más de un cuarto de hora.

Súbitamente, frente a él, vio el letrero luminoso de un bar. Entró, acercándose a la barra.

—Whisky.

Se lo sirvieron y bebió lentamente. Llevaba el segundo a los labios cuando acertó a mirar el local situado a su espalda, y lo hizo con los ojos clavados en el espejo que tenía frente a él.

Al instante sintió curiosidad. Había cinco hombres cuando entró, sentados en las mesas. Ahora, estos cinco hombres rodeaban una de ellas, al parecer mirando algo que permanecía oculto a sus ojos.

Riverton abandonó la barra y se acercó llevando el vaso en la mano. Unos segundos después la vio. Una mujer. Una hermosa y joven mujer de no más de veintidós años.

Castaña. Cabello corto y rizado, grandes y tristes ojos azules, el semblante un poco pálido, y reflejando en su bello rostro algo extrañamente angustioso.

Riverton continuó avanzando, apartando a dos hombres que tenía delante de él, y se situó en primera fila.

Los senos eran altos, erectos. Como un desafío más. Las piernas largas y maravillosas que mostraba con bastante profusión. Se sintió atraído hacia ella. Hacia la soledad que parecía emanar de ella a pesar de los hombres que estaban a su alrededor, tal vez deseando conquistarla.

Riverton no lo pensó siquiera. Súbitamente avanzó hacia la mesa, tomó una silla, la acercó y se sentó frente a la muchacha.

—¿Quiere tomar algo, *miss*...?

—Paula Stivens —replicó ella, mirándole de pies a cabeza sin que la expresión de sus ojos cambiara en modo alguno—. Sí. Gracias. Un coñac.

Riverton la observó de nuevo, como catalogándola. Le gustaba. Eso era todo.

—¿Aquí o en la barra, Paula? —preguntó.

Ella le dedicó una cálida sonrisa. Tal vez como una promesa. Tal vez como algo más. Riverton no lo sabía. A decir verdad, ni siquiera pensó en ello.

—En la barra. Creo que estaremos mejor que aquí, ¿no?

Se puso en pie y caminó hacia la misma mientras que los clientes miraban con envidia a Riverton, tal vez diciéndose que ellos debieron hacer aquello mismo, unos segundos antes.

Sabía moverse.

Sabía cómo hacerlo, y tenía un hermoso cuerpo, lleno de curvas que eran un sueño.

Esto lo pensó Riverton mientras iba en pos de ella hasta la barra. Y esperó a que se subiera a uno de los taburetes, no deseando perderse el espectáculo de sus piernas.

La oyó pedir el coñac mientras que apuraba su *whisky*. Luego, mientras ella bebía, la observó atentamente. Mientras lo hacía pidió un nuevo *whisky*, y luego ya con el vaso en la mano, preguntó:

—¿Qué es lo que le pasa, hermana?

Ella giró su hermoso rostro hacia él y preguntó a su vez:

—¿A mí? ¿Qué puede pasarme a mí?

—Nada, preciosa. Pero usted está triste. Es... Es algo difícil de definir lo que se observa en esa hermosa cara. ¿Qué es ello? ¿Algo grave?

Alargó la mano y la depositó encima de la de ella.

—De veras me gustaría ayudarla, muchacha.

Ella, sin apartar la mano, replicó:

—Nadie puede ayudarme, míster...

—¡Oh! Perdón si no se lo dije antes. Mi nombre es Chuck Riverton... Pero todo el mundo me llama Chuck. Vamos a ver, ¿qué le ocurre a usted?

Paula Stivens se hizo rogar un poco, y luego, entre copa y copa de coñac, que Riverton acompañó con sus whisquies, contó su historia. Una extraña historia en verdad.

Unos minutos más tarde estaban en la calle. Mirándola, en el filo de la acera, Riverton preguntó:

—¿La acompaño, Paula?

Ella le dedicó la misma triste sonrisa de otras veces. Después replicó:

—¡Claro, Chuck! ¿Por qué no habría de hacerlo? Me siento muy sola, ¿sabe?

Le sonrió de nuevo. Fue tan triste como las otras, pero en lo más profundo de sus ojos azules había algo indefinido que Riverton no supo cómo interpretar.

¿Una promesa? ¿Y por qué no?

Era hermosa. Mucho más que Donna Reeder. Después de todo, había tenido suerte... Dos enemigos menos, y una hermosa mujer.

Riverton se llevó la mano a la frente y Paula le miró atentamente, aunque él no se dio cuenta de ello. No debía de haber bebido tanto. ¡Diablos, y con lo hermosa que era aquella mujer!

Riverton se hizo esta reflexión cuando Paula ya estaba llamando un taxi.

Penetraron dentro y él dio la dirección. Después, Riverton se sintió satisfecho cuando Paula le tomó de la mano y permaneció con ella entre las suyas hasta final del trayecto.

—Hemos llegado, Chuck —dijo al cabo de un rato.

Pagó Riverton, añadiendo una propina, y luego, llevándola enlazada por la cintura, atravesaron la calle y penetraron en el edificio de apartamentos donde Paula tenía el suyo.

Ya dentro de dicho apartamento, Paula fue al frigorífico, mientras Riverton permanecía sentado en el amplio y cómodo sofá, con objeto de preparar algo de beber.

Regresó a los pocos minutos con dos altos vasos más que mediados de whisky, con cubitos de hielo.

Paula le ofreció uno y acto seguido se acomodó a su lado, muy cerca de él.

Bebió un poco, le miró fijamente y dijo, repitiendo:

—Me encuentro completamente sola, Chuck. La verdad, es que ya no sé lo que hacer.

Riverton depositó el vaso de *whisky* sobre la pulida superficie de la pequeña mesa ratona y se acercó un poco más. Se miraron de frente durante largo rato, hasta que ella rompió el silencio que les envolvía solo con dos palabras:

—¡Oh, Chuck!

Riverton se inclinó sobre los rojos labios que se le ofrecían, y casi en el acto notó el fuego que había en ellos, el fuego que había en ella.

Después, ninguno de los dos pronunció una sola palabra más.

CAPÍTULO V

Despertó con un sabor en la boca de mil diablos.

Miró en torno. Se encontraba completamente solo. Miró una vez más, y luego consultó el reloj de pulsera. Las doce y treinta.

Riverton lanzó una exclamación y saltó de la cama al suelo. Corrió hacia el lavabo, y cinco minutos después empezó a vestirse. Luego abandonó el dormitorio en derechura al *living*.

Sus pasos producían un eco extrañamente burlón a medida que avanzaba. Finalmente, se detuvo en el umbral de la puerta del *living* y la llamó.

—¡Paula!

Escuchó.

No se oía nada. Al parecer, el apartamento estaba completamente vacío.

—Paula... Paula...

La llamó varias veces más, pero Paula Stevens no se encontraba allí.

No obstante, y para cerciorarse de ello, Riverton empezó a registrarlo todo. No la encontró. Ni siquiera una nota explicándole el motivo por el que se había ido.

Consultó de nuevo el reloj mientras que multitud de ideas e imágenes cruzaban por su cerebro, y fue en busca de su americana. Al ir a ponérsela, Riverton lo comprendió todo en un solo segundo.

El forro descosido, y la ausencia del sobre que contenía la lista de los agentes en Francia, hablaban por sí solos de la ausencia de la mujer que dijo llamarse Paula Stevens.

Alguien que le conocía bien, que sabía de su debilidad cuando intervenía en un asunto en que la muerte asumía el primer papel, le había tendido una bonita emboscada, sabiendo que no se zafaría de ella, lo mismo que lo había hecho con los dos pistoleros que le salieron al paso, mucho antes.

La trampa había sido una hermosa mujer llamada Paula Stivens.

Riverton acabó de colocarse la americana, abandonó el apartamento y salió a la calle con el pensamiento puesto en Melisa y, ¿cómo no? en H. V. Steele.

Preguntándose cómo podría justificarse, avanzó rápidamente hacia la próxima estación del Metro.

Veinte minutos después se encontraba frente a la puerta del edificio donde el Departamento de Defensa de los Estados Unidos tenía su sede, y diez minutos más tarde era introducido a presencia de H. V. Steele.

Ambos hombres se miraron en silencio durante unos cuantos minutos, al cabo de los cuales Steele señaló uno de los sillones.

—Siéntese, Chuck —dijo—, y explíqueme lo que le trae por aquí.

Riverton obedeció en silencio.

—Bien, estoy esperando, Chuck.

Tragó éste saliva, vaciló durante unos segundos y al fin replicó:

—Se trata de esa lista. No podré entregarla.

Nada en el semblante de H. V. Steele le dijo si le había afectado o no la noticia. Tampoco su siguiente pregunta sonó en tono diferente al empleado hasta entonces:

—¿Por qué?

Un tanto avergonzado, Riverton contó todo lo ocurrido desde que la madrugada anterior abandonara el Departamento de Defensa hasta el momento presente.

El rostro de H. V. continuó tan impasible como el de un Buda chino, pero sus siguientes palabras sonaron enormemente frías a los oídos de Riverton:

—¿Sabe lo que ocurrirá si esas listas logran salir del país, Chuck?

—Sí, creo que sí.

—Y aun sabiéndolo, usted ha sido tan imbécil dejárselas arrebatar. —Le miró largamente y añadió: —Malden tiene que saltar sobre Francia con esas listas no sin ellas. ¿Sabe lo que supondrá para él que vaya sin ellas? Uno más en la lista, Chuck. Y usted, por su afición desmedida a todo lo que tiene faldas, las ha dejado perder...

Dio media vuelta y empezó a pasearse de un lado para otro.

Riverton no replicó a sus palabras, pero no le perdía de vista. Ahora que había pasado todo, ahora que tal vez no hubiera remedio, un sentimiento de cólera contra Paula Stivens, contra él mismo, contra todo, se iba apoderando de él.

—Y todo por una mujer más o menos hermosa, Chuck. Lo mismo que un bisoño. Lo mismo que le hubiera pasado a un hombre sin experiencia.

Las palabras de H. V. rompieron el hielo de sus pensamientos, y prestó atención a lo que éste le decía.

—Será mejor que se vaya a casa, Chuck, y descanse una temporada. Ya veré yo de arreglar todo esto en el tiempo que me queda. Vamos, muchacho, puede irse.

Riverton se puso lentamente en pie. Sabía o creía saber lo que significaba una despedida como aquella para él. Pero no replicó. Caminó hacia la puerta seguido de cerca por Steele.

Ya en el umbral de la misma, éste añadió:

—Hágame caso y quédese en su casa, Chuck. Hágalo y así no cometerá otra equivocación.

Riverton continuó sin replicar, aunque le dedicó una fría sonrisa. Después avanzó hacia el ascensor y se hizo conducir hasta la planta baja.

La calle.

Pensando en Melisa.

Pensando también en Donna, tanto como en Diana y Verónica. En todo lo ocurrido en tan pocas horas. Recordando la fiesta que Verónica había dado en su casa. Una fiesta en la que se las prometía muy felices hasta que sonó el teléfono, embarcándole en una aventura como aquella.

En una aventura que había constituido un fracaso para él. Un fracaso del cual ya no podría salir jamás a flote. ¿Qué le diría a Melisa para justificar su ausencia del Departamento de Defensa en los días sucesivos?

Incapaz de contestarse a la pregunta, Riverton se encogió de hombros, buscó un taxi, dio la dirección de su casa y mientras avanzaban sorteando el tráfico, empezó a hacerse preguntas.

¿Aquella trampa, había salido de casa de Verónica? Si no era así, ¿quién estaba enterado de todo lo suyo con tanta intimidad?

¿Quién, aparte de él mismo, sabía lo que le ocurría después de

matar a un hombre, o después de terminar un trabajo, cuando la tensión de los nervios se aflojaba, dejándole poco menos que convertido en una piltrafa, sin humor para otra cosa como no fuera el deseo de olvidar?

Pero de olvidarlo todo.

Un tanto perplejo, Riverton se dijo que aquello que él creía que para los demás era un secreto, tal vez no lo fuera. Tal vez hubiera muchas personas que sabían que de vez en vez, sus nervios le jugaban una mala pasada.

La prueba de ello la tenía con Paula Stivens. Una mujer como no había visto muchas, y tan peligrosa como un pozo lleno de serpientes. Con una de ellas en cada curva, y en todos y cada uno de sus encantos.

En cada uno de sus malditos besos.

Finalmente, el taxi se detuvo frente al edificio donde tenía su apartamento y Riverton descendió de él. Subió al mismo empleando el ascensor y abrió la puerta empleando su propia llave.

Dejó el sombrero en el perchero y avanzó hacia la salita donde Melisa solía estar la mayoría de las veces.

Pero la estancia estaba vacía, así como el resto del apartamento. Riverton frunció el ceño pensando en el dormitorio, lugar que aún no había visitado.

Entró en él.

Melisa tampoco estaba allí. La cama no había sido tocada. Con el ceño amenazando tormenta, Riverton se acercó a una de las mesitas de noche, a la de ella.

Buscando algo que le dijera lo que había ocurrido.

Algo que le explicara por qué su mujer no había dormido en casa la noche anterior. Por muy tarde que hubiera terminado la fiesta en casa de Verónica, Melisa había tenido tiempo sobrado para presentarse allí.

No tuvo que abrir la mesita de noche, ya que encima del cristal de la misma, al lado de la pequeña lámpara eléctrica, Riverton vio la nota.

La tomó y empezó a leer:

«Querido Chuck:

»No debes preocuparte por mí. Es decir, no creo que lo

hagas, como tampoco lo has hecho hasta ahora. Después de tu escapada de casa de Verónica para irte cualquiera sabe dónde, he creído que lo más beneficioso para los dos era que yo también me fuera. Por lo tanto, lo he hecho. Y no sola. Me he enamorado de un hombre, ¿comprendes? He preferido irme con él que no aguantar un momento más lo que he estado aguantando hasta ahora.

»Pensamos casarnos tan pronto como obtenga el divorcio, por lo que espero de ti que me concedas la libertad tan pronto como te la pida. Ahora voy a darte el nombre de «él». Un nombre que ya conoces y que es posible que a estas horas ya lo hayas adivinado, ¿verdad? El hombre a quién quiero es un amigo de los dos: Marcos Aumont. ¿Verdad que ya lo habías comprendido? Ahora solo me resta pedirte que no hagas ninguna locura ¿Para qué, si ya no tiene remedio?

«Melisa.»

Riverton volvió a leer de nuevo la misiva. Lo estaba leyendo y no podía dar crédito a aquello. No por parte de Melisa. Y sin embargo, era cierto.

Al acabar, Riverton dobló cuidadosamente el papel y lo guardó en la cartera, abandonó el dormitorio y fue al *living*. Unos segundos después se encontraba sentado en uno de los sillones, con un vaso de *whisky* en la mano, pensando.

Ahora rectificaba en su anterior pensamiento. Melisa, con su aire ausente y un tanto triste, se había ido de una vez para siempre. Pensando hacia atrás, él debió darse cuenta de que más tarde o más temprano lo haría.

Ninguna mujer, por muy enamorada que esté de un hombre, aguanta mucho tiempo las salidas nocturnas de éste. Ciertamente que la mayoría de las veces había dado excusas que en el momento de darlas le parecieron convincentes, pero que ahora se le antojaban por completo inverosímiles, carentes de toda lógica.

El culpable era él, que a pesar de las órdenes recibidas al respecto, debió de decirle quién era en realidad. Un agente del servicio de contraespionaje. Un hombre para el cual la palabra «hora», tanto si era de noche como en pleno día, carecía de

significado, sobre todo cuando tenía que prestar un servicio.

Sí, debió de decirle esto a Melisa. ¡Melisa...!

¡Maldito fuera una y mil veces Marcos Aumont!

¿Cometer una locura? Riverton sonrió duramente. ¿Para qué sí, como decía Melisa, ya no había remedio?

Bebió el *whisky* de un trago, se sirvió otro y fue al teléfono. Discó. Unos segundos después estaba en contacto directo con H. V. Steele.

—¿Qué le ocurre ahora, Chuck?

—He encontrado una nota en mi casa, míster Steele —replicó—.

¿Quiere que se la lea?

Al otro lado hubo un lapso de silencio. Luego, H. V. replicó:

—¿Tiene esa nota algo que ver con el asunto que nos ocupa?

—Usted juzgará. ¿Se la leo?

—Bien, hágalo.

Riverton lo hizo procurando que su voz sonara firme. Cuando acabó, formuló una pregunta antes de que Steele pudiera decir nada.

—Esto es el final para mí. Por lo tanto, ahora no habrá necesidad de que me quede en casa, ¿verdad?

La respuesta de H. V. vino a él, a través del hilo, con la misma rapidez que una bala:

—Usted se queda ahí, Chuck. Sus problemas familiares no tienen por ahora importancia alguna. Y por favor, no llame de nuevo para una cosa como ésa. Y no se mueva. No se mueva de su casa, bajo ningún concepto.

Colgó antes de replicar, Riverton miró el auricular durante unos cuantos segundos, luego lo depositó suavemente en la horquilla y una vez más se encaminó hacia el frigorífico.

Llevaba el quinto vaso de *whisky* a los labios, sin que ninguna idea hubiera acudido a su cerebro, cuando el repentino repiqueteo del zumbador de la puerta de la calle le sobresaltó.

¿Quién era? ¿Verónica, o tal vez Donna? También podía ser el bombón de Diana.

¿Alguna de ellas sabía de la escapada de Melisa y venía a consolarle?

Con una sonrisa cínica en la boca, Riverton se puso en pie, y sin abandonar el vaso fue hacia la puerta y la abrió.

No era ninguna de las tres. Era una persona a la cual Riverton no esperaba ver, por lo menos tan pronto.

CAPÍTULO VI

Tampoco era Melisa. Era un hombre que le miró atentamente durante unos segundos. Un hombre que llevaba la mano derecha dentro del bolsillo de la americana, empuñando una automática.

Riverton se apartó un tanto de la puerta y habló primero.

—Confieso que no esperaba verte tan pronto, Pool. Te mandó el viejo, ¿verdad?

Holden entró cerrando al instante, empleando para ello el pie. Luego avanzó en pos de Riverton hasta el *living*, y entonces, ya en él, cuando éste le daba frente, replicó:

—Sí. El viejo quiere que hablemos tú y yo. Desea que desahogues tu corazoncito conmigo. ¿Qué te ha ocurrido?

—Debí suponerlo, Pool. Debí darme cuenta de que el viejo no dejaría las cosas así —replicó Riverton sin contestar a la pregunta de éste—. Anda, siéntate mientras te preparo un *whisky*.

Holden se sentó en tanto que Riverton iba al frigorífico. Cuando regresó a su lado, Pool permanecía sentado en uno de los sillones, en actitud negligente, con un cigarrillo entre los labios, y mirándole fijamente por entre las entornadas pestañas.

Riverton le dio el vaso y Holden bebió un trago largo antes de preguntar:

—Bueno, Chuck, ¿qué ocurrió en realidad con esas listas?

Riverton arrugó el entrecejo.

—Una mujer se las llevó. Una mujer llamada Paula Stivens. — A continuación dio sus señas personales y añadió: — Cuando desperté, el sobre no estaba donde yo lo había dejado. Descosió el forro y se largó con el contenido.

—¿Estaba dentro del bar cuando tú llegaste?

Riverton hizo una mueca.

—Estoy seguro de que no, Pool. Seguramente mandaron contra mí aquellos dos pistoleros mientras que ella quedaba a la espera

hasta ver el resultado de todo. Ellos fracasaron, y entonces, esa perra vino detrás mío. Y supo representar bien su papel. Dijo que era una refugiada. Que sus padres, americanos ambos, residentes en Francia desde hacía tiempo, habían sido asesinados por la Gestapo y que ella logró escapar. Que se encontraba muy sola, que todo esto le resultaba muy extraño. La ciudad, la gente, en fin, todo.

—Y tú quisiste consolarla, ¿no?

Riverton hizo una mueca, pero no replicó a aquello. Calladamente esperó la nueva pregunta de Holden, que no tardó en llegar.

—¿Qué sabes de Marcos Aumont?

Después de las palabras de Holden, un largo silencio se extendió entre los dos, silencio que Riverton se encargó de romper después de beber largamente de su whisky.

—Habrás que tener cuidado con él, Pool —dijo—. Si mal no recuerdo, lleva pasaporte diplomático.

La sonrisa que Holden le dedicó fue sucia en extremo.

—De poco le sirve ahora que Francia está ocupada; totalmente por los alemanes, ¿no? En cuanto al futuro, ¿quién puede decir dónde fue a parar? Un accidente lo sufre cualquiera, Chuck.

Recordó a von Harbou, pero no replicó a aquello. No dijo nada, hasta que Holden añadió de nuevo:

—También quiero que me hables de Diana Spencer, Donna Reeder y Verónica Stillman. Según creo, tú has tenido un *affaire* con las tres, ¿no? Cualquiera de ellas pudo...

—¿Por qué cualquiera de las tres, Pool? —interrumpió Riverton.

—Eso no lo sé hasta que no me abras el corazón, Chuck. Pero no olvides que estabas en la fiesta de Verónica Stillman cuando H. V. Steele te llamó para esta misión. Una misión que ha fracasado porque tal vez alguien sospechó algo. Alguien que estaba dentro de la casa, que sospechaba algo tal vez porque tú lo dijiste o lo diste a entender. Sospechó, como digo, de que aquella llamada no era lo que aparentaba ser. Vamos, Chuck, cuéntame. Estoy esperando.

La conversación que mantuvieron los dos duró por espacio de dos horas, al cabo de las cuales Holden se levantó llevando una extraña sonrisa en los labios.

—El viejo me dijo que te quedaras aquí, Chuck. Lo comprendes, ¿verdad?

—Sólo un poco, Pool. ¿Por qué me he de quedar aquí encerrado, lo mismo que si estuviera en la cárcel?

—H. V. cree que ellos te vigilan, Chuck. No podrás dar un paso en Nueva York sin que tengas a un agente nazi detrás tuyo. Por eso quiere que te quedes aquí.

—Y que seas tú el que me saque las castañas del fuego, ¿no, Pool?

—No es eso, Chuck, y tú lo sabes. Últimamente has trabajado mucho y tus nervios ya no son lo que eran antes. Mereces, necesitas un descanso. H. V. lo...

La súbita risotada, fría y un tanto bronca de Riverton le interrumpió.

—Vamos —dijo después, en tono sarcástico—; dicho en otras palacas, que ya no sirvo, ¿no es así?

Holden denegó con la cabeza y luego replicó:

—Nadie ha dicho eso, Chuck.

—No, desde luego que no, pero lo estás pensando. Lo piensas tú, lo mismo que lo piensa el viejo, ¿verdad? De acuerdo, pues. Me quedaré aquí. Por lo tanto, ya puedes largarte. Y que tengas suerte, Pool.

Pero pensaba en todo lo contrario de lo que había dicho.

Acompañó a Holden hasta la puerta y allí le tendió la mano que éste estrechó con calor.

—¿Sin rencor, Chuck?

—¿Por qué habría de tenértelo? Anda, ve tranquilo. Cerró detrás de él, cruzó rápidamente el apartamento, fue a su dormitorio, tomó la «Magnum», comprobó la carga, la guardó en la funda de la axila y más rápidamente aún desanduvo lo andado hasta la puerta de la calle.

Bajó en el ascensor. Pero cuando llegó a la calle, no había rastro de Pool Holden.

Un tanto decepcionado, ya que deseaba seguirle, Riverton avanzó resueltamente hacia el garaje donde guardaba su coche.

Se encontraba allí. Por lo visto, Melisa no había querido cargar con él. Riverton abrió la portezuela, se colocó frente al volante, y tres minutos más tarde se encontraba sorteando el tráfico en dirección a la Novena Avenida, donde Verónica Stillman tenía su apartamento.

Pulsó el botón del zumbador, y casi al instante la puerta se abrió enmarcando en el umbral la figura atlética y felina de una de las doncellas.

—¿Está la señora Stillman? —preguntó.

La doncella le dedicó una cálida sonrisa mientras le miraba con picardía.

—¡Claro que está, míster Riverton! Vamos, no se quede ahí. Pase, que enseguida la aviso de su presencia.

Riverton pasó y luego avanzó en dirección al *living* mientras la doncella cerraba la puerta a su espalda.

Se dejó caer en uno de los sillones y esperó. Fue muy poco. Pero la que pareció delante de él no fue Verónica, sino la doncella.

—La señora Stillman no tardará en venir, míster Riverton —dijo—. Entretanto, si le apetece, puedo servirle algo de beber.

Riverton pidió un *whisky* que ella le sirvió en el acto, y luego se retiró dejándole solo.

Lo mediaba cuando apareció ella. Enfundada en una bata de transparente nylon bajo la cual no había casi nada. Riverton se levantó del sillón cuando la vio acercarse, y ella, sin pronunciar una sola palabra, vino a sus brazos con entera sencillez.

Riverton luchó durante unos segundos, y logró controlarse ya que no correspondió a la caricia cuando ella le besó. Después la apartó un tanto bruscamente.

—¡Chuck!

—No he venido a eso, querida, sino a que me contestes a unas cuantas preguntas. Siéntate, por favor.

Verónica le miró con los ojos agrandados por el asombro, y se sentó, cabalgando una pierna sobre la otra, pero Riverton continuó impassible a pesar del maravilloso espectáculo que le ofrecía.

—Bien, Chuck —dijo—, ya estoy sentada. ¿Qué es lo que deseas preguntarme?

Riverton bebió otro poco de *whisky* antes de replicar. Cuando lo hizo su voz sonó enormemente fría a los oídos de Verónica.

—¿Sabes que Melisa se ha ido de casa, querida?

Verónica agrandó aún más los ojos.

—¡Chuck! —exclamó—. Pero eso..., eso... Oye, será para volver, ¿verdad?

Riverton no contestó a aquella pregunta, pero replicó con otra:

—¿Qué sabes de Marcos Aumont? ¿Qué amistad te une a él, Verónica?

—¿A mí? Bueno, me lo presentó mi marido en una fiesta. Desde entonces ha estado visitándonos, tanto por un motivo como por otro.

—Tú puedes ser ese motivo, ¿no?

Verónica le dedicó una sonrisa, y sin contestar a aquella formuló otra pregunta:

—Chuck, no será que Melisa te ha abandonado por un tipo como Aumont, ¿verdad?

—Supongamos que ha sido así, ¿qué sabes tú de eso, Verónica?

Ella permaneció unos segundos en silencio, sin que Riverton la perdiera de vista. Finalmente replicó:

—¿Por qué habría de saberlo yo, querido?

Riverton apuró el resto del *whisky* y luego dijo:

—Eso es algo que no sé con seguridad. De lo que sí la tengo, es de que alguien, en tu casa, tú, tanto tú como Donna o Diana, le habéis llenado la cabeza a Melisa de cosas contra mí. ¿Quién fue, Verónica?

Ella se puso en pie, con lo que la bata se cerró en torno a sus magníficas piernas y el espectáculo perdió todo su interés.

Se le acercó felina, con los rojos y temblorosos labios entreabiertos y se detuvo rozándole.

—¿Cómo puedo saberlo, Chuck? De lo único que puedo estar segura es de que yo no he sido.

—Ms gustaría saber si dices la verdad, muchacha.

—¡Chuck...!

El hizo un gesto perentorio con la mano y ella se interrumpió. Entonces Riverton añadió:

—¿Dónde vive Aumont?

—En la calle Veinte. Eso está en el Manhattan Oeste, Chuck. ¿Es que sospechas que Melisa está con él?

Riverton soltó una corta y seca risita y replicó:

—Sé que está con él, Verónica. Ella me dejó una nota diciéndomelo.

—Pero, ¿cómo...?

—El cómo es lo de menos, ricura —atajó Riverton—. ¿Sabes el número?

—Creo que era el quinientos sesenta y cinco o el quinientos sesenta y seis, Chuck. No lo recuerdo con seguridad. ¡Chuck, no irás a...!

—¿A matarles? No, preciosa, nada de eso. Simplemente deseo hablar un rato con ese Aumont, y si es posible, también con Melisa. Y gracias por la información.

Ella se le acercó más, pero Riverton dio un paso de costado y se inclinó sobre la mesita ratona donde había depositado el sombrero. Lo tomó ante la mirada un tanto furiosa de Verónica y acto seguido se encaminó hacia la puerta.

Verónica fue detrás, pero Riverton se volvió a los pocos pasos para encararla.

—No te molestes, ricura —dijo—. Ya sé el camino.

Sin esperar respuesta, sin volverse a mirarla, Riverton continuó, en dirección a la puerta. Atravesó la del *living* y después la de la calle sin lanzar una sola mirada hacia atrás.

Pensaba en H. V. cuando empuñó de nuevo el volante, recto hacia el Manhattan Oeste.

Cincuenta minutos más tarde se encontraba frente al número 565. Entró en el portal y miró la tablilla indicadora. Marcos Aumont, piso 10, apartamento 18, letra C.

Sonrió con crueldad cuando empezó a subir los escalones, despreciando el ascensor, a pesar del esfuerzo que para él representaba subir a pie los diez pisos.

Una vez en el pasillo, Riverton miró la numeración de las puertas, se detuvo frente a la 18 y pulsó el botón del zumbador.

Lo hizo una, dos, tres y hasta cuatro veces, pero el silencio fue la respuesta a su llamada.

Miró a lo largo. El pasillo estaba desierto. Entonces introdujo la mano en el bolsillo y sacó un manojo de ganzúas. Tres minutos más tarde, consiguió abrir la puerta.

Entró cerrando a su espalda.

El apartamento estaba vacío, aunque había señales de que aquello había sido abandonado recientemente.

Miró el dormitorio. Ofrecía el mismo aspecto que el resto del apartamento. Lo cruzó recto a la puerta, que según creía daba acceso al cuarto de aseo y la empujó.

Entonces le vio. Pero no era Marcos Aumont, sino Pool Holden,

y estaba muerto.

El negro orificio que tenía en la sien izquierda marcaba el lugar por dónde le entró la bala, y el lugar por dónde se le fue la vida.

Durante unos cuantos segundos, Riverton permaneció completamente inmóvil en el umbral de la puerta, con los ojos fijos en el cadáver mientras en su mente empezaba a nacer una horrible sospecha.

Luego avanzó lentamente hacia él y se inclinó para examinarle. Después le registró.

Los papeles, la automática y algunos dólares, estaban allí. El asesino no había tocado nada.

CAPÍTULO VII

Riverton se enderezó y miró en torno. Luego empezó a registrar el apartamento, haciéndolo de manera sistemática y rápida, fruto de una larga práctica, hasta que media hora más tarde se dio por vencido.

Allí no había nada. Nada como no fuera el cadáver de Pool Holden.

Se detuvo en el centro del *living*, pensando.

Pensaba en Melisa y en Aumont. Aquellos dos estaban de acuerdo. Ella, Melisa, había sido la que puso en antecedentes a los agentes nazis de sus aficiones y del trabajo suyo.

Ella era la única que podía saber o sospechar que él era un agente del servicio de contraespionaje. Ella y nada más que ella. ¿Aumont? Francés y con pasaporte diplomático. Un agente nazi, ésta era la verdad. Melisa habíase enamorado de él tal y como dijo, se habían marchado juntos, uniendo sus fuerzas, y allí estaba el primer resultado de su alianza: la muerte del pobre Pool.

Pool, que le había hecho infinidad de preguntas, de resultas de las cuales fue tras ellos, para encontrar la muerte. ¿Quién lo hizo? ¿Melisa o Aumont?

Riverton prefirió no contestarse a su pregunta. No le gustaba la respuesta, como no le gustaba tener que ser él el que quitara de en medio a su propia mujer.

Y lo haría, sin una sola vacilación, si ella había tenido que ver algo con aquel asesinato. Y tenía que ser así...

Dejó de pensar, incapaz de continuar por aquel camino, y lo hizo a continuación en H. V. Steele.

¿Que se quedara en su casa con los brazos cruzados? ¡Al diablo con H. V. y todo el Departamento de Contraespionaje! Iba a encontrar a Aumont aunque estuviera en el propio infierno.

Y si no, ahí estaba el resultado. Pero, ¿había sido

verdaderamente Melisa la responsable de todo aquello?

Sin saber qué contestarse, Riverton se acercó al teléfono, se envolvió la mano en el pañuelo y levantó el auricular. Disco el número general del Departamento de Defensa.

Casi en el acto oyó la voz de la secretaria de H. V. Steele.

Preguntó por él sin darse a conocer.

—Dígame su nombre, o de lo contrario no podré ponerle en comunicación con míster Steele.

Riverton no discutió. Sabía que no podía hacer otra cosa. Pero tampoco dio su nombre. Simplemente se limitó a decir:

—Escuche entonces, monada, que es importante...! Cuando vea a H. V., puede decirle que su agente Pool Holden ha sido asesinado. Que lo encontrará en la calle Veinte, número quinientos sesenta y cinco, décimo piso, apartamento dieciocho. El mismo apartamento que ha ocupado hasta ahora un tipo llamado Marcos Aumont. Un tipo con pasaporte diplomático, francés de origen. Eso es todo, ricura.

—¡Eh! ¡Oiga...!

Riverton colgó sin escuchar el final de la frase, guardó el pañuelo y abandonó el apartamento no sin antes limpiar cuidadosamente la puerta y los objetos que había tocado con las manos desnudas.

Luego condujo hasta la Quinta Avenida, entró en una cafetería cuando ya eran las siete de la tarde, pidió un bocadillo de jamón y una cerveza, y una vez más se dedicó a pensar en todo aquello.

Pero sobre todo, en la encantadora Paula Stivens. En la única mujer que le había burlado de una manera sangrienta y brutal. ¿Dónde se encontraría en aquel entonces?

Sobre las ocho abandonó el local con el pensamiento puesto en Diana Spencer. Otro de sus antiguos amores. Sabía dónde localizarla. En cualquiera de las múltiples salas de juego de Broadway.

Riverton condujo hasta allí y entró en la primera. Diana no estaba. No la habían visto.

Así ocurrió con la segunda y tercera, pero la encontró en la cuarta. Y no jugando precisamente.

Diana estaba sentada en una de las mesas, con la ropa a medio muslo, haciéndole competencia, en piernas, claro, a Verónica, que

se encontraba a su lado, ambas con un combinado, al parecer discutiendo un tanto acaloradamente.

Riverton dejó el sombrero a la encargada del guardarropa y avanzó rectamente hacia la mesa que ocupaban. Y no le vieron hasta que estuvo junto a ellas. Y fue Diana la que primero le vio al apartar los grandes y rasgados ojos negros del bello rostro de Verónica.

La expresión de su rostro cambió en el acto mientras que sus gordezuelos y húmedos labios, hechos para besar y ser besados, se entreabrían en una sonrisa.

—¡Chuck! Querido, anda, siéntate aquí, a mi lado.

Riverton la vio alcanzar la puerta y desaparecer por ella y se sentó justo en el momento en que Verónica se levantaba de la que ocupaba.

Luego, mirándoles a los dos, dijo:

—Buenas noches. Disculpadme, pero tengo una cita. Te veré mañana, Diana.

Se alejó seguida por la mirada de Riverton, contorneando las caderas en forma enloquecedora.

Riverton la vio alcanzar la puerta y desaparecer por ella. Entonces se volvió para mirar a Diana:

—¿Qué es lo que ocurre, monina?

—Nada. Estábamos discutiendo por causa tuya, muchacho.

—¿Qué?

—¡Claro! Verónica me ha contado lo de Melisa, y me acusa a mí de haberla lanzado a los brazos de Aumont. ¡Habrás visto tamaña desvergüenza, Chuck!

Durante unos segundos, Riverton no replicó a aquello. Pensaba, y lo hacía rápidamente. ¿Tenía fundamento la acusación de Verónica? No le extrañaría que fuera así.

Preguntó:

—¿Por qué?

—¡Y yo qué sé! —le miró fijamente y añadió—: No creo que nadie le haya contado cosas de ti a Melisa, Chuck. Melisa no es tonta y además, ya había aguantado mucho. Yo también te amo, Chuck. Y a pesar de amarte, también hubiera hecho lo mismo. Tus escapadas nocturnas se estaban ya convirtiendo en una verdadera obsesión para tú mujer. ¿Cómo no quieres que se haya

ido?

Riverton no replicó. Se puso en pie y le tendió una mano.

—¿Nos vamos, querida? —preguntó.

Diana le imitó, mirándole fijamente con los negros ojos muy brillantes.

—¿A dónde me llevas? —preguntó.

—Por ahí. A cenar y a bailar.

—¿Para olvidar, Chuck?

—¿Y por qué no?

Ella le dedicó una sonrisa y le prendió del brazo.

—¿Qué te parece el «Panam's», Chuck?

—De acuerdo. Vámonos.

Salieron.

Siempre del brazo alcanzaron el coche, y en éste al «Panam's», en plena calle Dieciséis.

Riverton la llevó a la barra mientras de soslayo miraba la pareja de baile que en aquel entonces estaba actuando en la encerada y circular pista.

Pidió un *whisky* y un Martini, y una vez que lo sirvieron, cuando el *barman* se alejó hacia otro lado del largo y pulido mostrador, Riverton tomó la palabra, mirándola a los ojos.

—Cuéntame cosas de Melisa, Diana, ¿quieres?

Ella le miró atentamente y entrecerró los ojos.

—¿Hace falta recordar ahora a Melisa? —preguntó.

—No, creo que no —replicó Riverton, pensando en insistir en el momento oportuno.

—Entonces, ¿por qué no bailamos? Me has traída aquí para eso, ¿no? Pues andando, mientras nos preparan algo para cenar.

Riverton saltó del taburete, siendo imitado por ella; la enlazó por la cintura y la llevó a la pista de baile.

Bailaron sin pronunciar palabra un par de bailables, y luego fueron a la mesa donde debían servirles la cena, que no tardó en aparecer.

Al terminar, ya con los cigarrillos en la mano, Riverton dijo, como continuando con una conversación que ambos dejaron en la barra:

—Y de Marcos Aumont, ¿qué es lo que sabes, menina?

—¡Pero, Chuck...!

El rostro de Riverton se endureció.

—De algo tenemos que hablar, ¿no, Diana? —dijo—. Por lo tanto, Aumont o Melisa, pueden ser un buen motivo para ello, ¿verdad?

Diana fumó nerviosamente durante unos cuantos segundos y luego aplastó el cigarrillo contra uno de los platos. Después le miró fijamente.

—Creí que ya te lo había dicho todo, Chuck. Nadie, sino tú, ha apartado a Melisa de tu camino. Tus escapadas... Sé, me consta, que Melisa ya estaba harta de pasar noches y más noches en blanco. Cuando no, y en su misma presencia, una inoportuna llamada telefónica, inoportuna para ella aunque para ti no lo fuera, y de nuevo sola. No importaba la noche ni la hora. No importaba nada. Sólo tú y tus amores, Chuck. Lo mismo que aquella noche en la fiesta de Verónica. Aquella llamada fue la gota que colmó el vaso de amargura de Melisa. Y aún tuviste la desfachatez de decirle que te llamaban del Departamento de Defensa. ¿Cómo era ella, Chuck? ¿Tan hermosa como yo o tenía mejores piernas que Donna o las mías?

Riverton la miró duramente mientras ella sonreía burlona. Luego replicó lentamente:

—Estás en lo cierto, pero solo en parte, Diana. Desde luego, aquella noche mentí a Melisa. No fui llamado al Departamento de Defensa, preciosa. Pero tampoco me llamó una mujer, como al parecer tú y los demás creéis.

—¿Ah, no? Entonces, ¿quién fue, querido?

Riverton pensó unos segundos. Tal vez hiciera mal, pero según su propio criterio debía decirlo.

—Me llamó un hombre, ricura. Un hombre que me dio un encargo del cual yo no me podía zafar. No podía dejar de cumplirlo. Ahora, ¿quieres saber de qué en cargo se trataba, Diana?

—¿Y por qué no? ¡Claro que deseo saberlo! Siento curiosidad, ¿comprendes?

Riverton tardó otros cuantos segundos en replicar, dándose cuenta de que ella no le creía.

—Me mandó a que matara a un hombre, Diana, y lo hice. Al pobre lo embistió un camión cuando iba por la carretera Veintiuna. Si has leído los periódicos, preciosa, sabrás que la policía lo ha

conceptuado como un accidente, ya que cuando se recogió el coche que conducía, de tan destrozado que estaba, no presentaba ni mucho menos señales de haber sido víctima de una colisión. ¿Satisfecha?

El semblante de Diana estaba pálido como el de una muerta. Sus ojos negros y brillantes habían perdido todo su brillo, y al mirarla Riverton se le mostraban esquivos.

—No... No puede ser. Estás tratando de asustarme, Chuck. No puedo creerlo. ¡No es verdad!

La respuesta de Riverton fue fría en extremo.

—Me alegro de que pienses así de mí, querida. Pero todo, absolutamente todo, es verdad. Yo le maté. O mejor dicho, yo le envié a la muerte. Era uno de esos nazis, que ya había hecho mucho daño en este país...

Diana no replicó. Se puso en pie mirándole fijamente.

—No puedo creerte por mucho que te esfuerces, muchacho. Ahora bien, si es que has querido gastarme una broma, te diré que ha sido de muy mal gusto. Has arruinado la noche, Chuck. —Desvió los ojos de él y añadió, sin mirarle: —Vamos, llévame a casa. Por esta noche ya me he divertido bastante.

Riverton no discutió. Sin decir nada la prendió por el brazo y ambos abandonaron el club nocturno.

Se separaron fríamente, frente a la puerta donde ella tenía su apartamento, después de un viaje hecho en el más completo silencio, y sin volver la vista atrás, Riverton alcanzó su coche y condujo hasta su propio apartamento.

Un apartamento que ahora, sin Melisa, estaba triste, vacío, silencioso.

Pero aquella noche, el apartamento no estaba tan vacío. H. V. Steele le estaba esperando en él, sentado cómodamente en uno de los sillones del *living*, bebiéndose su *whisky* y fumándose sus cigarrillos.

Se levantó al verle entrar.

CAPÍTULO VIII

En el centro de la Décima Avenida, en el hotel «Mogambo», Marcos Aumont había alquilado una *suite* compuesta de tres dormitorios, el *living* y una pequeña sala de estar.

Melisa Riverton estaba pensando en ello cuando acabó de maquillarse sabiamente, y continuó del mismo modo cuando encendió un cigarrillo y abandonó su dormitorio.

Se apoyó negligentemente contra el marco de la puerta y miró a Aumont mientras que extraños pensamientos cruzaban de un lado para otro en el interior de su inteligente cerebro.

Aumont estaba sentado en uno de los sillones, retrepado contra el respaldo del mismo, y con la mirada perdida en la lejanía que se divisaba más allá de la ventana.

Melisa abandonó el marco de la puerta y se acercó a él.

—¿Qué te ocurre, querido? — preguntó con dulzura. — Te veo preocupado.

Aumont apartó la mirada de la ventana y la miró fijamente.

—No es nada, Melisa — replicó —. Nada que no podamos remediar.

—¿Qué quieres decir?

Y felina se le acercó más, envolviéndole con su costoso y suave perfume, consciente del poder que tenía sobre él.

—Habla, por favor —añadió—. ¿Qué es lo que me ocultas?

Aumont vaciló durante breves segundos y después replicó:

—Debo marcharme, querida, y no puedo llevarte conmigo.

De haberla visto, cualquiera se hubiera dado cuenta de que el rostro de Melisa palideció.

—¿Qué quieres decir? — preguntó —. Explícate, por favor.

De nuevo, Aumont vaciló. No sabía cuál sería la reacción de ella, y la temía. Luego se dijo a sí mismo que debía decir la verdad.

—Escucha, Melisa — dijo —; pertenezco al servicio de resistencia francesa, ¿comprendes? Pues bien, este servicio me reclama ahora. Tengo que ir a Francia sin demora alguna. Y como están las cosas, no puedo llevarte. Quisiera que lo comprendieras.

Melisa Riverton se acercó aún más a él, si esto era posible. Al parecer no lo era, pero ella lo hizo.

—Pero... ¡Marcos! ¿te has dado cuenta de la situación en que me dejas? Nadie, nadie creerá que en una semana que llevamos juntos ni siquiera me has besado. ¿No comprendes que después de esto ya no puedo ir a ninguna parte?

Durante unos segundos ninguno de los dos habló. El silencio parecía pesar en ellos cual losa de plomo. Pero a pesar de esto, ninguno de los dos lo rompió por el momento.

Finalmente fue Melisa quien lo hizo.

—¿Dónde he de ir ahora, Marcos? Tú te marchas, y yo me quedo. Eso es todo. ¿Quieres decirme qué debo hacer?

Aumont alargó los brazos y la prendió por los hombros. Durante varios segundos ambos permanecieron mirándose a los ojos, y ahora le tocó el turno a Aumont de romper el silencio que empezaba a envolverlos de nuevo.

—Lo siento, preciosa —murmuró—, pero no puedo hacer otra cosa. Mi país me obliga a ello, y no puedo volverles la espalda. Esa es la realidad — la miró fijamente y añadió—: Yo te adoro, Melisa, pero nada puedo hacer. Sólo puedo decirte una cosa: La guerra terminará algún día. Te pido que me esperes. Volveré a buscarte.

Pero ella, Melisa, sabía que no era verdad. Sabía, estaba segura de que Marcos Aumont jamás volvería a los Estados Unidos, si es que lograba salir de ellos algún día.

Por breves segundos pensó en Chuck. ¿Qué diría su marido? ¿Le volvería a ver alguna vez?

Sin poderlo evitar se encogió de hombros mientras clavaba sus rasgados y maravillosos ojos en Aumont.

—Confieso que no sé lo qué hacer, Marcos. Tú lo ves demasiado sencillo, pero yo no. Por ti he abandonado a mi marido, y ahora tú... ¡Eso no es justo, Marcos!

Aumont hizo una mueca y se puso en pie. Dio media vuelta y se alejó hacia la puerta que daba acceso al cuarto de baño.

—Es todo cuanto puedo decirte, y todo cuanto puedo hacer por

ti por el momento, ricura —dijo antes de desaparecer por ella.

Melisa le siguió con los ojos, entornados ahora, y con una extraña sonrisa en sus rojos y sensuales labios.

Esperaba.

Esperaba algo que no tardó en producirse. Tan solo tres o cuatro minutos, al cabo de los cuales Aumont apareció por la puerta, mostrando en su semblante un gesto contrariado.

—¿Qué le ocurre, al agua, Melisa? —preguntó.

—¿Al agua? ¿Qué quieres decir?

—Nada de particular. Simplemente que no funciona. Habrá que avisar a la dirección del hotel. ¿Quieres hacerlo tú?

Pensando en Chuck, su marido. Melisa se acercó al teléfono y descolgó el auricular.

—¿Diga...?

—Apartamento 108 — replicó —. No sé lo que pasa con la tubería de abastecimiento de aguas. ¿Quiere hacer el favor de mandarnos rápidamente a un fontanero?

Hubo una pausa de unos cuantos segundos, y al fin la empleada de la centralita replicó:

—Enseguida se lo mandamos, *mistress* Riverton.

El fontanero tardó media hora en llamar a la puerta de la *suite*. Media hora, en el transcurso de la cual, Aumont no dejó de pasearse de un extremo a otro de la pieza donde se encontraba con Melisa, lo mismo que una fiera enjaulada.

Finalmente el timbre de la puerta sonó. Ambos se miraron frente a frente, hasta que Aumont hizo un gesto. Melisa se acercó entonces a la puerta y la abrió.

El hombre, alto, fuerte, rubio y de acerados ojos grises la enfrentó abiertamente.

—Me han dicho que...

—En el cuarto de baño, por favor —interrumpió ella.

Hizo un gesto, el hombre pasó delante de ella, Melisa cerró la puerta a su espalda, se adelantó, y acto seguido le condujo al cuarto de baño.

Una vez solos explicó:

—No sé lo que ocurre, pero el agua no llega.

El fontanero la miró en silencio por espacio de más de medio minuto, y luego replicó:

—No creo que sea nada de importancia, *mistress* Riverton. Dentro de un momento estará todo listo.

Dejó en el suelo los enseres que llevaba en la mano y procedió a examinar los grifos. Unos segundos después pidió:

—¿Tiene la bondad de darme los alicates, *mistress* Riverton?

Sin pronunciar una sola palabra, Melisa obedeció, entregándoselos. Luego abandonó el cuarto de baño dejándole solo. En la sala de estar enfrentó a un Marcos Aumont visiblemente nervioso.

—¿Qué tiene ese agua? —preguntó apenas verla.

—¿Cómo quieres que lo sepa, querido? —preguntó a su vez Melisa—. Sólo puedo decirte lo que me ha dicho el fontanero. Que la avería estará reparada dentro de poco.

Aumont no replicó a aquello. Simplemente se limitó a decir:

—He de salir ahora, querida. O mejor dicho, tan pronto como logre utilizar el cuarto de baño. Te ruego que me esperes aquí.

Melisa no replicó. Sabía que no era verdad, que Aumont se iría, sí, tal y como había dicho, pero que no le volvería a ver.

No replicó, empero. Se limitó a dar la callada por respuesta, y a esperar. Finalmente el fontanero abandonó el cuarto de baño y la enfrentó.

—Ya he terminado, *mistress* Riverton —dijo apenas verla—. Buenos días.

Abandonó la *suite* seguido por la mirada de los dos. Y apenas si hubo desaparecido por la puerta que daba acceso a la escalera, Aumont se encaminó a la del cuarto de baño llevando el ceño fruncido.

Melisa le miró hasta que le vio desaparecer por la misma y luego giró en redondo para encaminarse a su dormitorio.

Pensaba en Chuck Riverton cuando se dejó caer sobre la cama. Cuando encendió un largo y oloroso cigarrillo. ¿Qué pensaría él de todo aquello?

Melisa no deseaba pensar en nada de lo ocurrido, y sin embargo, no podía substraerse de hacerlo. Una angustia infinita la embargaba al darse cuenta de lo que había hecho, pensando que tal vez Chuck, su marido, no llegara a comprender nunca.

Luego, y de una manera repentina, pensó en otra cosa. Entonces se puso en pie abandonando el lecho, con las hermosas y desnudas

piernas al descubierto, y durante unos cuantos segundos estuvo ensimismada en la lectura del papel que tenía en la mano.

Luego fue a su cuarto de baño, individual, tomó el encendedor y le prendió fuego al papel hasta convertirlo en cenizas, que lanzó al lavabo. Luego abrió el grifo del agua y lo dejó correr.

Hecho esto, Melisa se acercó al tocador y procedió a arreglarse. Por espacio de más de media hora permaneció en el interior de su dormitorio hasta que repentinamente lo abandonó.

Como esperaba, Aumont se había ido.

Melisa hizo un gesto con los labios y acto seguido abandonó el apartamento después de mirar a todos lados, como si quisiera grabarse en la mente todo lo que éste contenía.

Alcanzó la calle pensando en Aumont, y miró a todos lados. No había rastro alguno de éste y mucho menos del fontanero, por lo que Melisa detuvo un taxi, se introdujo en él, y dio la dirección de Donna Reeder.

Fue la propia Donna la que le abrió la puerta, y la que asombrada se mantuvo mirándola fijamente durante unos cuantos segundos, silenciosamente, hasta que exclamó:

—¡Melisa! ¿De dónde sales, querida? Vamos, pasa, no te quedes ahí.

Melisa entró en el apartamento sin replicar palabra, Donna cerró la puerta y luego la acompañó al *living*.

Una vez en éste ambas se miraron frente a frente.

Melisa fue la primera en romper el silencio que amenazaba hacerse pesado, entre las dos:

—¿Qué sabes de Chuck, Donna? —preguntó.

Instintivamente, Donna se puso en guardia, cosa que no pasó inadvertido para Melisa.

—¿Cómo quieres que lo sepa, Melisa? —replicó aquella—. Si la gente no miente, tú y Chuck...

—Sé lo que dicen —atajó Melisa—. Y como lo sé, por eso te pregunto si sabes dónde está, o dónde puedo encontrarlo.

Donna esbozó una fría sonrisa.

—Confieso que no te entiendo, Melisa — replicó después —. No he visto a tu marido desde la noche en que asistió a la fiesta de Verónica.

Aquello podía ser o no ser verdad. A Melisa no le preocupaba

mucho. Si había ido allí era porque tenía que hacer tiempo, y en casa de Donna podía perderlo sin temor a aburrirse demasiado.

Abrió el bolso sin replicar a las frases de ella, extrajo el paquete de cigarrillos, encendió uno y se dejó caer sobre el sofá, cabalgando sobre la otra una de sus hermosas y bien torneadas piernas.

—¿No vas a invitarme a beber, Donna? — preguntó así que hubo encendido el cigarrillo.

Durante más de medio minuto, Donna la miró fijamente, sin pronunciar palabra, y luego, siempre en el mismo silencio, se encaminó al mueble bar y de éste al frigorífico.

Cuando regresó de nuevo a su lado, llevaba en las manos sendos altos vasos más que mediados de *whisky*, con cubitos de hielo. Le ofreció uno y acto seguido se sentó frente a ella.

Permaneció pensativa mientras Melisa bebía y finalmente murmuró:

—Francamente no te comprendo, Melisa. ¿A qué has venido? Sé que tú y Chuck os habéis separado. Ahora tú estás aquí. ¿Es que tiene que ver algo esa separación conmigo?

Melisa depositó el vaso sobre la mesita ratona y le dedicó una cariñosa sonrisa.

—¡Oh, no, querida! —exclamó—. Nada de eso. Simplemente que Marcos ha salido diciéndome que volverá tarde, y la verdad, me aburría sola. Pensé de pronto que era buena cosa venir a verte. Tú siempre has sido una buena amiga mía, Donna.

—Si es solo por eso... —empezó ella en tono de duda.

—¿Pues qué otra cosa podía ser, querida?

Donna se encogió de hombros y finalmente replicó:

—Confieso que no lo sé. Pero comprenderás que es muy extraña tu visita.

—¿Sí...? Pues no tiene nada de particular. ¿O acaso crees que Verónica pensará de igual modo cuando vaya a verla? ¿O tal vez Diana?

Donna arqueó una de sus finas y bonitas cejas.

—¿Piensas ir a verlas, Melisa?

—¿Y por qué no? ¿Acaso crees que no debo hacerlo, por la sencilla razón de que las tres estáis enamoradas de mi marido? Pues no veo el motivo. Me he separado de Chuck, y por lo tanto eso no cuenta. Las tres sois mis amigas. Por lo tanto, no sé por qué no he

de visitaros, si es que vosotras estáis conformes, ¿no?

Donna permaneció callada unos cuantos segundos. Se daba cuenta, o al menos creía así, de que Melisa llevaba un propósito bien definido al ir a visitarla, aunque no lograba adivinar cuál podía ser.

Y siguió preguntádoselo a medida que pasaba el tiempo, hasta que Melisa se despidió de ella con un beso y un «hasta luego» que la dejó aún más perpleja.

Pero su perplejidad creció de punto cuando al anochecer llamó por teléfono a Verónica y luego a Diana y ambas le dijeron que Melisa Riverton había estado a visitarlas aquella misma tarde.

CAPÍTULO IX

Melisa abandonó la casa de Diana Spencer sobre las nueve de la noche, diciéndose que ya era hora de regresar al hotel, a esperar a Aumont.

Tomó un taxi y se hizo conducir a él, casi con la completa seguridad de que éste ya no estaría en él. De que había huido.

No se equivocó. Marcos Aumont no estaba en la *suite*, esperándola, como otras veces.

En su lugar, encima de la mesa ratona que había en el *living*, había una sencilla esquelita dirigida a ella. Melisa la tomó, leyéndola a continuación.

No había nada de particular en la esquelita. Marcos Aumont se marchaba tal y como le había dicho. Daba una excusa por no poder esperarla para despedirse de ella, Melisa se daba cuenta de que era una mentira más.

Aumont no deseaba volverla a ver.

Entonces pensó en Chuck Riverton, su marido, y una dura sonrisa floreció en sus bellos y rojos labios.

Guardó la nota, encendió un cigarrillo, atravesó todo el apartamento y se dejó caer sobre la cama, completamente vestida. Pensaba. Ahora ya nada podía hacer.

Todo había terminado, y de una manera que no le gustaba ni poco ni mucho a pesar de lo que dijeran cierta clase de personas.

Melisa terminó el cigarrillo, se incorporó, fue al cuarto de baño, se desvistió, se duchó, y media hora más tarde encargaba una frugal cena que consumió en sus propias habitaciones, con el pensamiento puesto en su esposo.

¿Qué diría él cuando le enfrentara de nuevo, si es que esto llegaba a realizarse?

* * *

Una semana.

Toda una larga semana desde que sostuvieron aquella

conversación con H. V. Steele y las cosas aún seguían igual para él.

¿Qué esperaba? ¿Quién tenía aquellas listas?

H. V. le había dicho que sospechaba, pero el caso es que no tenía ni la más ligera idea de dónde podía esconderse Paula Stivens. Tampoco había vuelto a ver a Donna Reeder.

No la echaba de menos, pero sentía la perentoria necesidad de verla. Estaba navegando sobre un mar revuelto, completamente en tinieblas. Sabía, porque H. V. se lo había dicho, que Phil Malden había saltado a Francia sin llevar consigo aquellas malditas listas.

Steele le había dicho también que las que le robaron a él no habían salido del país. En qué se basaba para afirmarlo, Riverton no lo sabía. Después de la muerte de Holden, Steele le había dicho que podía continuar investigando el caso, si es que así lo deseaba.

Pero el tono que empleó para formular aquella especie de petición, había sido bien diferente del que empleaba cuando le ordenaba algo. Por lo tanto, estaba convencido de que se le vigilaba estrechamente. De que H. V. mantenía agentes vigilándole a él, al mismo tiempo que investigaban aquel extraño y sangriento caso.

¿Melisa?

Tampoco sabía nada de ella, ni de Aumont, el hombre que la sedujo. Lo mismo podía decir de Diana o Verónica.

Sentado en uno de los sillones, dando frente al dormitorio matrimonial, un dormitorio que había abandonado desde que Melisa se fuera, Riverton pensaba en todo aquello.

Se sentía desconcertado y molesto. Desconcertado porque no había podido averiguar nada al respecto, y molesto porque se sabía vigilado. Y estaba harto de aquella vigilancia.

Terminó el cigarrillo pensando en lo mismo y se puso en pie. Consultó el reloj de pulsera. Las nueve y treinta de la noche. ¿Qué hacer? ¿Ir a visitar a Donna?

Donna podía ser un buen complemento para aquella noche. Para un rato. Para olvidar aunque solo fuera durante unas horas.

Perezosamente, Riverton cruzó la estancia y penetró en el dormitorio que se había destinado a sí mismo. Se cambió de traje, tomó la «Magnum», la depositó en la funda de la axila, y abandonó el departamento.

Alcanzó la calle.

Lentamente, despreocupadamente, avanzó hacia el garaje donde

guardaba el coche. Pero no llegó a él. Mucho antes intuyó que le seguían, como lo había intuido otras veces.

Compañeros suyos. Agentes del servicio de contraespionaje, y que ahora le vigilaban a él por orden de H. V. Aquello ya le estaba cansando en grado superlativo.

Riverton maldijo entre dientes.

Pero ¿eran hombres de H. V., o eran agentes nazis?

Incapaz de contestarse certeramente, Riverton decidió averiguarlo por sí mismo. Por lo tanto, no se detuvo en el garaje. Lentamente, con el mismo gesto despreocupado de siempre, continuó andando, rectamente ahora hacia uno de los escaparates que había instalado diez o doce yardas por delante de él.

Se detuvo para encender un cigarrillo y después procedió a examinar con interés lo expuesto en el mismo. De esta forma alcanzó la luna de uno de los espejos y miró a través de ella.

Había un hombre leyendo un periódico justo en la parada del «buss», y el ir y venir de las gentes por detrás de él.

Riverton permaneció unos segundos inmóvil con la vista clavada en el hombre del periódico, estudiándole.

No le conocía. Esta fue la primera reflexión que se hizo. Luego, impulsado por un secreto instinto, penetró en la tienda. Una muchacha, joven y hermosa se le acercó.

—¿Qué desea, míster...?

Riverton esbozó una tenue sonrisa.

—En el escaparate hay unos llaveros de plata que me interesan, preciosa —dijo suavemente—. ¿Quiere enseñarme algunos?

—Dígame cuáles son, ¿quiere?

Riverton no deseaba otra cosa. Por lo tanto asintió en silencio y ella, por la parte interior de la tienda le condujo hacia el escaparate.

Riverton señaló uno de los llaveros.

—Tenga la bondad de enseñarme ese —dijo.

Pero sus ojos no se apartaban de la calle.

El hombre seguía en la parada del «buss», ensimismado en su periódico, y continuó allí hasta que llegó el «buss». También se quedó en el mismo lugar cuando éste se alejó calle abajo.

Riverton ni siquiera escuchaba a la hermosa dependienta. Tampoco supo lo que pagó por aquel llavero. Un llavero que no le servía para nada ya que usaba uno mucho mejor, regalo de Melisa.

Pero cuando de nuevo salió a la calle, sabía lo que debía de hacer. Por lo tanto, Riverton no miró hacia atrás. Continuó caminando calle abajo por espacio de más de veinte minutos y luego torció a la derecha buscando los lugares solitarios.

Entonces fue cuando se volvió, también al parecer de forma inconsciente, pero nadie había detrás suya. No obstante, sabía, estaba seguro de que continuaban siguiéndole.

Caminó lentamente, como dando tiempo al que se guarecía en los oscuros portales a que supiera por dónde iba, y se acercó a una boca de metro. Tres minutos más tarde, Riverton sacaba un billete en una de las máquinas automáticas y empezaba a descender la escalera hacia el túnel, para esperar un tren subterráneo que no tardaría en llegar.

Entró exactamente en el vagón que cayó frente a él, y se hizo el distraído hasta que éste arrancó, dejando la estación rápidamente atrás.

Entonces miró en torno a él. El hombre continuaba leyendo el periódico, pero ahora no estaba en la parada del «buss», y sí a menos de dos yardas de donde él se encontraba.

Riverton no se movió. Siguiendo un plan premeditado de antemano, continuó hasta llegar a la calle Hudson. Entonces descendió del metro y tomó las escaleras mecánicas.

Por delante de él, vio al hombre que le seguía y que continuaba sin abandonar el periódico.

Riverton salió a la superficie en plena calle Hudson y miró en torno. El hombre del periódico no estaba a la vista, pero él supo que no se encontraba lejos de allí.

Avanzó resueltamente hacia los «docks» del puerto, y unos segundos más tarde se encontraba cerca de la orilla del agua, con la vista fija en la misma, pero procurando no distraerse ni un solo segundo.

Deseaba saber si era un hombre de H. V., o por el contrario se trataba de alguien que pudiera decirle lo que él estaba deseando saber.

Junto a una enorme pila de sacos vacíos se detuvo. Riverton se pegó a ellos y escuchó, con la mano derecha cruzada sobre el pecho, empuñando la negra culata de la siniestra automática «Magnum».

Un rumor.

Un leve rumor que bien podía ser producido por otros pasos al acercarse a él, o al alejarse.

Luego estos cesaron.

Riverton permaneció completamente inmóvil, como si no hubiera oído nada. Como si tuviera la seguridad de que el hombre del periódico se encontraba cerca de él.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció de aquel modo, hasta que de una forma repentina los pasos se oyeron de nuevo. Pasos cautelosos que se le acercaban.

Riverton se pegó aún más a las sacos, conteniendo la respiración.

Luego, de una forma repentina, sus músculos se distendieron como resortes de acero, y saltó llevando la «Magnum» sujeta por el cañón, justo cuando el hombre pasaba por su lado, a menos de cinco pulgadas, rozándole, y llevando su automática en la mano.

Saltó sobre él lo mismo que pudiera hacerlo un tigre bengala contra su presa, y le golpeó en la nuca con la culata del arma.

El hombre del periódico se desplomó al suelo como un fardo. En el acto, Riverton le tomó por debajo de las axilas y le trasladó al amparo de los bultos de sacos.

Durante unos cuantos segundos permaneció arrodillado a su lado, examinándole, y luego le registró.

Lo hizo hasta en los forros de los pantalones y chaqueta. Incluso le quitó los zapatos y los calcetines. Riverton no encontró nada. Por lo tanto, a su juicio aquel no era uno de los hombres de H. V. No era uno de sus compañeros.

Con el rostro fruncido en una extraña y fría mueca, Riverton tiró de él y le fue arrastrando hasta el interior de uno de los «docks». Allí, entre los fardos apilado en torno, con la pequeña linterna iluminando una mínima parte del terreno circundante, esperó a que se recobrara.

Desesperaba ya, cuando advirtió un tenue movimiento en los párpados del hombre joven y rubio que tenía a sus pies. Riverton tensó el dedo sobre el gatillo de la automática y continuó esperando.

Fue bastante poco. Apenas tres o cuatro minutos al cabo de los cuales el hombre abrió los ojos.

Riverton vio cómo miraba a todos lados. Desvió su pequeña linterna y esperó a que éste se sentara en el suelo. Entonces exclamó:

—Creo que está en un mal paso, amigo.

Hubo unos cuantos segundos de silencio mientras que el hombre se llevaba la mano a los ojos. Luego separó las manos de los mismos y replicó con una pregunta:

—¿Quién diablos es usted?

Riverton contestó primero con una corta y seca risita y luego añadió de viva voz:

—El hombre al que usted seguía. Ahora, ¿quiere decirme qué es lo busca?

Un nuevo silencio llenó aquel almacén del puerto de Nueva York, pesado como una losa de plomo. Un silencio que se hizo infinitamente largo para Riverton.

CAPÍTULO X

Riverton, mirándole, pensó durante unos segundos si no debía de golpearle de nuevo para hacerle contestar a su pregunta.

Pero no hizo falta. El hombre rubio, después de pasear la mirada en torno, hacia las sombras que había más allá de los «docks», lo hizo lentamente:

—Creo que se confunde conmigo, amigo. He venido hasta el puerto dando un paseo. ¿Hay algo de malo en ello?

No lo había, si aquella respuesta correspondiera a la verdad, pero no lo era. Riverton lo sabía. Estaba completamente seguro de ello.

—La próxima vez le golpearé de nuevo, amigo —replicó fríamente—. ¿Quién le mandó detrás de mí?

Hubo un nuevo espeso silencio, pero esta vez duró menos. Y fue el hombre joven y rubio quien lo rompió, replicando a las palabras de Riverton:

—No sé de qué me está hablando. Nadie me mandó contra usted.

Se puso en pie vacilando, y Riverton levantó el cañón de la «Magnum» dispuesto a tumbarle de un balazo si hacía algún ademán agresivo. Pero el hombre rubio no hizo nada de esto sino que permaneció delante de él, mirándole, pero sin efectuar el menor movimiento.

—Riverton sonrió levemente.

—¿Fue un hombre o una mujer? —preguntó después y sin que su rostro de granito delatara en modo alguno lo que en realidad estaba pensando — : Un hombre llamado Marcos Aumont, o una mujer llamada Paula Stivens. ¿Quién de los dos?

El hombre rubio agrandó los ojos en ademán de sorpresa.

—Sigo respondiéndole que se equivoca —replicó después de

unos segundos de silencio—. No sé de qué me está hablando.

Riverton luchó consigo mismo por espacio de más de medio minuto, en el transcurso del cual no dijo ni media palabra. Después dio un par de pasos al frente y elevó la automática con inusitada fuerza.

—Será mejor que hable.

El golpe alcanzó al hombre rubio a un lado de la cara. Lanzó un gemido, dio una completa vuelta sobre sí mismo y luego se desplomó al suelo.

Por espacio de unos cuantos segundos, Riverton vio cómo se revolcaba sobre el polvo, víctima del dolor que sentía en aquel momento, y esperó a que se recuperara un tanto.

Se acercó justo en el momento en que le vio incorporarse.

Sabía que era un agente nazi. Sabía también que hiciera lo que hiciera, aquel hombre moriría sin pronunciar una sola palabra, y él deseaba saber.

—¿Quién fue? —preguntó aun sabiendo de antemano cuál iba a ser la respuesta.

—No sé de qué...

Riverton lanzó ahora el puño derecho y el golpe alcanzó al rubio por encima de la herida que le había producido el cañón de la «Magnum». Le oyó gemir de dolor mientras daba unos cuantos pasos vacilantes hacia atrás, y sonrió duramente.

—Hable, o la próxima vez será una bala la que irá a parar contra su maldito corazón—. Se detuvo unos segundos, aspiró aire y añadió fríamente—: He matado a algunos hombres, amigo; por lo tanto, poco o nada puede importarme el matarle a usted también. ¿Qué decide? ¿Contesta?

Esperó.

Fueron tres o cuatro segundos de tenso silencio y al fin el rubio habló de nuevo:

—No le he seguido a usted. Simplemente vine a dar un paseo. Déjeme y se lo demostraré llamando inmediatamente a la policía. ¿Por quién me toma?

Riverton sonrió de nuevo, y su sonrisa producía escalofríos.

Y sin perder la sonrisa fue elevando lentamente el cañón de la «Magnum», hasta apuntarle directamente a la cabeza.

—Voy a darle su última oportunidad —dijo fríamente—. Saldrá

con vida de los «docks» si me dice quién le envió contra mí. Fue Marcos Aumont, ¿verdad?

El rubio no replicó. Le miró largamente, por un espacio infinitamente largo de tiempo, y después habló:

—No conozco a ningún Marcos Aumont, ni a ninguna mujer llamada... ¿Cuál era su nombre? Lo he olvi...

No terminó.

De una forma repentina, sin previo aviso, el hombre rubio se lanzó de cabeza contra Riverton, a pesar de que éste continuaba empuñando el arma.

Pero no le tomó desprevenido.

Saltó de costado en el momento justo y levantó la pierna. El hombre rubio tropezó con la rodilla, lanzó un alarido y luego cayó hacia atrás, sin que Riverton efectuara un solo movimiento más.

Después se le acercó lentamente y de nuevo le examinó atentamente sin encontrar nada, lo mismo que tampoco había encontrado con anterioridad.

Riverton enfundó ahora, dio media vuelta y se alejó, exactamente con la misma tranquilidad del que ha perdido súbito interés por una cosa. Unos segundos después se perdía entre las sombras de los «docks», mientras que el rubio empezaba a dar señales de vida.

Durante varios minutos permaneció en el suelo, incapaz de incorporarse hasta que por fin lo consiguió, aunque fue solo a medias. Se sentó en el suelo y permaneció mirando a todos lados con expresión un tanto perpleja.

Luego se llevó la mano a la castigada mejilla y la retiró tinta en sangre.

Masculló algo entre dientes y después se puso en pie tambaleándose.

Escuchó.

El silencio más absoluto reinaba en los «docks». Hecho esto llevó la mano a la funda de la axila. Su automática estaba allí, en el mismo sitio. Frunció el ceño, incapaz de adivinar por qué Chuck Riverton se la había dejado. Incapaz de contestarse, tampoco, por qué estaba vivo después de todo lo ocurrido.

Avanzó unos pasos y vaciló. Se apoyó entonces contra uno de los fardos de sacos y aspiró el aire. Luego, tambaleándose siempre,

avanzó buscando la salida del muelle.

Pero antes de abandonarlo definitivamente, el hombre rubio se acercó a una de las fuentes y con ayuda del agua y del pañuelo procedió a limpiarse la cara de toda mancha de sangre.

Aunque no pudo hacer desaparecer la herida que Riverton le produjo con la automática, sí lo logró en parte, por lo que íntimamente satisfecho consigo mismo continuó avanzando hasta que encontró un taxi.

Procurando no presentar al taxista el lado herido de la cara, el hombre rubio subió a él. Se recostó contra el respaldo del asiento y dio una dirección.

Media hora más tarde llegaba a su destino.

Pero mandó detener el taxi una cuadra antes de llegar al edificio de apartamentos donde en realidad iba.

Pagó, descendió del taxi y miró en torno. Luego avanzó por la acera, sin lanzar una sola mirada a los que se cruzaban con él, escasos a aquella hora.

Luego, cerca ya de su destino, el hombre rubio volvió el rostro atrás. Aprovechó la oportunidad de que nadie había por los alrededores. Una sombra, que tal vez se le antojó más densa que las demás, le hizo llevarse la mano a la axila y achicar los ojos durante unos cuantos segundos que a él mismo se le antojaron siglos.

Después continuó avanzando hasta que alcanzó la puerta que daba acceso a la escalera. Abrió con llavín y penetró dentro, cerrando a su espalda.

Luego, el hombre rubio utilizó el ascensor.

Tardó mucho en salir de nuevo. Más de hora y media.

También miró en torno cuando alcanzó nuevamente la calle. Después, un tanto tranquilizado, el hombre rubio caminó apresuradamente hacia la próxima esquina, donde sabía que había una boca de metro.

Pero no llegó a atravesar la calle adyacente.

Iba a hacerlo, cuando una sombra cayó sobre él y le golpeó la nuca con furia demoníaca.

El hombre rubio rodó por el asfalto, y Riverton miró en torno, no deseando que le viera nadie en aquel momento.

Tuvo suerte. La calle permanecía desierta a todo lo largo, por ambos lados.

En vista de esto, tomó el cuerpo del hombre rubio por debajo de las axilas y lo arrastró hacia uno de los oscuros portales. Una vez allí pensó rápidamente.

Había mucha distancia desde aquel lugar a donde él tenía su coche. Por otra parte, tampoco podía tomar un taxi llevando aquella carga.

La vacilación de Riverton duró poco. Sabiendo ahora lo que debía hacer registró una vez más el cuerpo del hombre rubio, y utilizando su pañuelo lo amordazó. Luego le quitó el cinturón, lo añadió al suyo propio y le ató las manos a la espalda, y luego los pies.

Hecho esto Riverton se puso en pie, salió a la calle y lanzó una mirada circular. Después, sin volver la vista atrás, avanzó apresuradamente hacia el primer bar que le vino al paso.

Entró en él y se acomodó en la barra, aparentando el aspecto de un trasnochador aburrido. Pidió *whisky*, que bebió lentamente a pesar de estar deseando hacerlo de un trago, y luego fue a la cabina telefónica.

Disco.

Como esperaba, al otro lado oyó la inconfundible voz de H. V. Steele.

—¿Dígame...?

—Soy Chuck, míster Steele —replicó no deseando perder tiempo—. En la calle 21 Este, en el portal de la casa número 349 tiene un regalo para usted. Cargos: arma sin licencia, e indocumentado, aunque creo que es un agente nazi de poca monta. Venga por él. Yo tengo otro trabajo que hacer ahora.

Hubo unos segundos de silencio y al fin H. V. Steele replicó:

—De acuerdo, Chuck; pero ¿qué ha ocurrido?

—Me vino persiguiendo durante toda la tarde. Eso es todo lo que sé de este asunto, míster Steele. Por lo tanto, apriétele bien los tornillos. Deseo saber quién le mandó contra mí, si es que quiere decirlo. Hasta ahora yo no he conseguido hacerle hablar.

H. V. no replicó por el momento. Riverton le adivinaba pensativo, calculando lo que había de verdad, lo que había de mentira en lo que él le había dicho.

Sonrió duramente y esperó la respuesta.

Al fin ésta llegó, pronunciada lentamente.

—Está bien, Chuck, lo haré. Ahora atiende una cosa. Se trata de su esposa. Melisa...

—¡Nada deseo de ella, míster Steele! —atajó Riverton.

Y colgó el auricular mucho antes de que H. V. hubiera tenido tiempo de pronunciar una sola palabra más.

CAPÍTULO XI

Un tanto apresuradamente, Riverton abandonó la cabina telefónica.

A pesar de lo que había dicho a H. V., pensaba en Melisa cuando miró calle abajo, y luego avanzó en dirección donde había quedado el hombre rubio.

Pero no se detuvo en el portal. Pasó de largo con la mano en la culata de la «Magnum», que ahora llevaba en el bolsillo de la americana, y empleando el mismo procedimiento que aquel, abrió la puerta que daba acceso a la escalera donde le había visto entrar, y después de examinar el portal durante unos cuantos segundos, penetró en el ascensor.

En el piso quince, Riverton se detuvo frente a la puerta número 32, y después de una ligera vacilación pulsó el zumbador.

Transcurrieron unos cuantos segundos de silencio. Iba a llamar de nuevo cuando al otro lado de la misma oyó los característicos pasos de un hombre.

Riverton sonrió con dureza. Y Marcos Aumont le sorprendió con aquella en la boca, cuando unos segundos después la abrió.

—¿Usted...?

Riverton le empujó hacia adentro y pasó llevando ahora la «Magnum» en la mano.

—Vamos, cierre esa puerta, Marcos —dijo fríamente—. Tenemos que hablar.

Aumont vaciló, pero solo fue algo tan ligero que Riverton apenas si se dio cuenta de ello. Después cerró, le encaró, e hizo una pregunta:

—¿Qué busca aquí? Si se trata de su...

La fría sonrisa de Riverton le interrumpió.

—Nada de eso —dijo después—. He venido a matarle, lo mismo que a un perro, si es que no me dice lo que deseo saber.

Aumont le miró fijamente y luego replicó:

—Pase conmigo, ¿quiere?

Sin perder la helada sonrisa, Riverton asintió en silencio y fue detrás de él hasta el *living*, donde Aumont le enfrentó en el acto.

—¿Qué es lo que quiere saber?

Riverton no vaciló en dar la respuesta.

—El lugar donde se esconde Paula Stivens. Sé que usted lo sabe, Aumont. Conteste, ¿quiere?

—No sé quién es esa Paula, Chuck. Puede estar seguro de ello.

Los ojos de Riverton se entrecerraron peligrosamente.

—No voy a perder mucho tiempo, Aumont — replicó con helado acento —. Por lo tanto, le diré que tiene tres segundos para contestar.

—Pero...

Riverton hizo un gesto y el otro se interrumpió en seco.

—Escuche, Marcos — añadió después —. Usted era un asiduo a la casa de Verónica Stillman, ¿no?

Hizo un pausa, rio ligeramente y añadió:

—Sabe quién soy yo, ¿verdad? ¿No? Pues se lo diré. Pertenezco al servicio de contraespionaje de los Estados Unidos. Por eso mismo voy a matarle. Para que no lo haga, solo tiene una posibilidad, Marcos Aumont: La de decirme lo que deseo saber. Usted ha abandonado su antiguo apartamento, lo que me hace presumir que piensa marcharse del país, tal vez a Francia u a otro sitio análogo, ¿no? —hizo una nueva pausa y agregó—: Eso, verdaderamente, no me importa, Aumont. Por lo tanto, no voy a detenerle, si me dice lo que deseo saber. Ni siquiera voy a tenerle en cuenta la emboscada de esta noche...

—No sé lo que...

—Como le decía, Aumont, usted era asiduo de la casa de Verónica Stillman. Al pronto no supe si era por amistad o, porque buscaba un «affaire» con ella, hasta que una noche me llamaron por teléfono — Riverton rio quedamente y acto seguido añadió —: Era un agente nazi y había que liquidarle. Pero alguien sospechaba de mí, sospechaba de mi trabajo. Creía, acertadamente, que mi colocación en el Departamento de Defensa escondía otra cosa mucho más grave. Este alguien me tendió dos emboscadas. La una detrás de la otra. Primero fueron dos agentes que me salieron al

paso buscando unas listas que yo llevaba escondidas entre el forro y la americana. Murieron lo mismo que murió Harbou. Luego fue una mujer que apareció minutos después, en un bar. Una mujer que nada podía perder, ya que hacía tiempo que lo había perdido todo. Me dejé engañar, y ella se llevó las listas. Unas listas que llevaban los nombres de nuestros agentes en Francia, ¿comprende, Aumont? Y, ¡fíjese bien! El que lo hizo estaba seguro de una cosa: De mi afición por toda mujer hermosa, y de lo que yo sentía cada vez que obligado por el deber debía de hacer desaparecer a un hombre. Aquello me obligaba a buscar el olvido en cualquier parte, y el hombre o mujer que lo hizo sabía de mí tanto como yo. Cierto, como, digo, que pudo hacerlo una mujer. Melisa por ejemplo, pero no fue así. Lo hizo usted, Aumont, y voy a matarle por ello, a menos que abra la boca, ¿comprende? Ahora, si quiere saber por qué pienso así, se lo diré también: Hace un momento alguien ha intentado matarme en los sucios «docks» del puerto. Por lo menos, si no ha sido así, sí me ha seguido durante mucho tiempo.

A continuación, Riverton le explicó todo lo ocurrido basta aquel mismo momento, y terminó diciendo:

—Es una prueba concluyente, ¿no, Aumont? Seguí a ese hombre hasta aquí, sabiendo, intuyendo, adónde iba a conducirme y no me equivoqué. Ahora, ¿quiere contestar a mi pregunta?

Aumont vaciló unos cuantos segundos mientras que en su frente se perlaban algunas gotas de sudor.

—¿Qué gano con ello, Chuck? —preguntó a su vez.

—Ya se lo he dicho. Tendrá el campo libre para desaparecer tan pronto quiera. — Levantó el cañón de la «Magnum» y le apuntó a la cabeza —. Tiene muy poco tiempo para decidirse, Aumont — dijo —Unos, cuantos segundos y nada más. ¿Qué decide?

Aumont se pasó la lengua por los reseos labios. ¡Tragó saliva y luego, mirándole fijamente replicó:

—¿Cómo sé yo que me está diciendo la verdad, Chuck?

Riverton sonrió fríamente.

—Pude haberle matado tan pronto como entré, Aumont — replicó con helado acento —. Tengo motivos para ello y usted lo sabe. Y conste que ahora no me refiero a que usted sea un agente nazi, ni mucho menos. Y no lo he hecho. Por lo tanto, tampoco voy a hacerlo ahora. Vamos, ¡decídase de una vez!

Terminó de hablar y retrocedió hacia la puerta sin dejar de apuntarle ni un solo segundo.

Entretanto, Aumont reflexionaba. Debía de hablar o aquel hombre le mataría con la misma frialdad que había matado a Harbou. Con la misma tranquilidad.

Hablando, se libraba de aquello, y de otras cosas mucho peores. Sabía, estaba enterado, completamente seguro, de que su pasaporte diplomático no resistiría un examen concienzudo. Por otra parte, si esto no fuera todo, Francia estaba invadida por los alemanes.

El sudor de su frente le causaba escalofríos. Era helado como la misma muerte.

Aumont deseaba limpiárselo con el pañuelo, pero no se atrevía a hacer un solo movimiento, temeroso de que la «Magnum» que Riverton empuñaba cumpliera la sentencia de muerte de su dueño.

Repentinamente masculló una imprecación y acto seguido preguntó:

—¿Me está diciendo la verdad, Chuck?

Riverton le miró con verdadero asco. Pensaba ahora en Melisa, la mujer que era la suya y a la que ya jamás volvería a admitir a su lado. Pensaba en Verónica y en Donna Reeder. También en Diana Spencer. Tenía dónde escoger si lo deseaba. Estaba seguro de ello.

—Usted es el que tiene que decidirlo, Aumont — replicó fríamente —. Pero tendrá que ser pronto.

Continuó avanzando de espaldas hacia la puerta y cuando tropezó con ella alargó la mano hacia atrás buscando el tirador de la misma.

El rostro de Aumont estaba lívido. Más que lívido, aparecía de un sucio verde mientras que sus ojos antes brillantes se encontraban ahora mortecinos.

Riverton entreabrió la puerta. Levantó la «Magnum» cubriendo con su negro y feo cañón el rostro que tenía delante.

—¡Espere...!

Riverton detuvo el dedo que empezaba a presionar el gatillo, y aunque no bajó el cañón del arma, sí esperó.

—Desembuche, Aumont —dijo secamente.

—En la Calle Ocho con la Folth Avenue. En el número 619, piso octavo, apartamento 43.

Riverton no replicó de momento. Luego cerró la puerta y avanzó

unos pasos con la mirada fija en el teléfono.

Se detuvo junto a la mesita donde éste descansaba y preguntó fríamente:

—Funciona, ¿no?

Aumont arqueó una ceja.

—¡Claro! —replicó en el acto—. ¿Por qué?

Riverton hizo una mueca.

—Porque no me gustaría que llamara a nadie con él.

Dicho esto se acercó pausadamente a la mesa, sin dejar de apuntar a Aumont ni un solo segundo, tomó el aparato telefónico y tiró de él hasta que consiguió arrancar los cables.

—Así está mejor —dijo después—. Ahora, tome un consejo, Aumont. Hasta que no abandone los Estados Unidos, no intente ponerse en contacto con nadie, o no logrará salir del país.

Mirándole, apuntándole, Riverton retrocedió de nuevo hacia la puerta. La abrió, y sin pronunciar palabra atravesó el umbral y desapareció por ella.

Aumont permaneció completamente inmóvil por espacio de más de dos largos minutos, y después fue hacia la puerta. La abrió y miró el pasillo con el rostro semeando al de un cadáver en descomposición.

Luego, sin poderse contener, un largo suspiro se escapó de su boca cuando frente a él vio el pasillo completamente vacío. Chuck Riverton se había ido tal y como prometió.

Cerró con llave y regresó al *living*. Una vez en él, con la respiración entrecortada, Aumont se acercó al frigorífico después de hacerlo con el mueble bar y se preparó un *whisky* doble que apuró de un solo trago.

Casi en el acto el color apareció en su rostro.

Se preparó otro, esta vez sencillo, y luego se dejó caer sobre uno de los sillones y cerró los ojos después de haber encendido un cigarrillo.

Pensaba.

En muchas cosas. Entre otras en la casa de Verónica Stillman. Una grande y hermosa mujer donde las hubiera. Como Donna o Diana. Como Melisa.

¡Melisa!

Una tenue y, sarcástica sonrisa apareció en sus delgados y casi

incoloros labios.

Pero cuando ésta apareció en ella, Aumont no pensaba en Melisa sino en Chuck Riverton. Aún, en aquel momento, no sabía cómo estaba vivo. Desde que le vio entrar en el apartamento empuñando la automática, había tenido miedo de morir en aquel preciso momento. Ciertamente que sabía que Chuck Riverton era un agente del servicio de contraespionaje. Pero este descubrimiento no se debía a Melisa. Tampoco se debía a que él lo hubiera descubierto por una casualidad o por un desliz del propio Riverton.

Era otra cosa diferente. Una cosa que le había importado hasta el momento presente, pero que ahora no le decía nada en absoluto. Si Riverton tenía sospechas de algo, que lo averiguara él solo.

Él ya había cumplido con su obligación. No con lo que le mandaban, sino con su obligación, con la obligación que le dictaba su espíritu de conservación.

Melisa.

¡Pobre Melisa! ¡Qué mal se había comportado con ella!

Lentamente, Aumont se acercó al destrozado aparato telefónico y puso la mano sobre él. Después le examinó lentamente.

CAPÍTULO XII

La Calle Ocho con la Filth Avenue.

El número 619, piso octavo, apartamento 43.

Las palabras de Aumont repiqueteaban en el cerebro de Riverton cuando alcanzó la acera y miró a ambos lados de la calle.

Pero Riverton no fue allí. Tenía que descansar. Tenía que buscar a Donna. Era una gran mujer. Una mujer con la cual no le importaba estar más o menos cansado.

Donna siempre tenía algo para hacerle olvidar, o en contraste, para hacerle descansar. Y ahora no estaba Melisa.

¡Melisa!

¡Maldita fuera una y mil veces!

Riverton tomó un taxi. Se arrellanó contra el respaldo del asiento y dio la dirección. Empezó a pensar. ¿Estaría en su casa Donna?

Se encogió imperceptiblemente de hombros y sonrió. Pero su sonrisa era extraña.

Continuaba siéndolo cuando apretó el botón del rumbador correspondiente a la puerta de su apartamento.

Eran entonces la una de la madrugada. Pero a pesar de la hora, Donna tardó apenas dos minutos en abrir la puerta, cuando él dijo quién era, a través de la puerta, llevando encima de su pagano cuerpo una especie de transparente túnica de nylon.

—¡Chuck, querido! —dijo.

Luego, sin cerrar la puerta, sin que le importara nadie de los que a aquella hora pudieran transitar por el pasillo, le cerró los largos, morenos y bien torneados brazos en torno al cuello, y Riverton notó que igual que en otros tiempos, sus labios eran una llama que lo abrasaba todo.

Se dejó llevar.

Por lo tanto, cuando se recobró un poco se encontraba en el *living* mirándose en sus ojos, pero sin olvidar muchas cosas.

—¡Chuck, cuánto has tardado en venir a verme!

Era todo un reproche. Riverton se dio cuenta de ello y replicó mansamente:

—Lo siento, querida, pero ha sido debido a mi trabajo.

—¿Tu trabajo, Chuck? — preguntó ella al parecer intrigada.

—Claro, monada — replicó Riverton —. Yo no puedo saber, en modo alguno, cuándo tengo completa libertad para dedicarme a la mujer que me gusta, o en su defecto, a los amigos.

Ella le miró dubitativa durante unos cuantos segundos.

—Francamente no te entiendo, Chuck, querido — replicó después.

Riverton esbozó una fría y cansada sonrisa.

—Perdona — dijo dejándose caer en uno de los sillones —, pero creí que lo sabías.

—¿Qué es lo que yo debo de saber, Chuck?

—Nada, querida. Olvídalo, ¿quieres?

Pero Donna no parecía conforme con aquello, ya que lo miró silenciosamente durante unos segundos, escudriñándole a conciencia, con tanta insistencia, que Riverton creyó que intentaba adivinar hasta sus más recónditos pensamientos.

Luego, y de una forma repentina, giró en redondo y fue al frigorífico donde preparó un par de «Manhattans». Después regresó a su lado, le tendió uno de los vasos y acto seguido se dejó caer en el sillón inmediato al que él ocupaba.

Transcurrieron unos segundos de silencio.

—Me tienes intrigada, Chuck, querido — dijo ella repentinamente.

—¿Por qué? — replicó Riverton, mirándola a los ojos.

Y de nuevo el silencio reinó entre los dos, hasta que Donna lo rompió:

—Tú has dicho que yo debía saber no sé qué — dijo después de éste—. ¿Qué es ello, Chuck?

Sin dejar de mirarla, Riverton replicó:

—Creo haberte dicho que lo olvidarás, ¿no?

—¿Y si no logro olvidarlo? Vamos, Chuck, querido, ¿por qué no me lo cuentas todo?

Riverton bebió un largo trago antes de replicar. Cuando lo hizo, nada en la expresión de su rostro le dijo a Donna lo que verdaderamente estaba pensando.

—Creí que sabías que yo era uno de esos hombres, muchacha. Eso es todo.

Donna abrió mucho los ojos en señal de asombro, y preguntó una vez más:

—¿Uno de esos hombres? ¿Qué quieres decir? Por favor, Chuck...

Se interrumpió ante el perentorio gesto de él.

—Simplemente creí que tú ya sabías que yo pertenecía al servicio de contraespionaje de los Estados Unidos, querida — dijo —. Estaba seguro de que estabas enterada de que mi empleo en el Departamento de Defensa era tan solo una pantalla.

—¡Chuck!

Por toda respuesta, Riverton soltó una tenue risita y luego apuró el «Manhattan» de un solo trago. Hecho esto extrajo el paquete de cigarrillos, encendió dos, le dio uno a ella y replicó:

—¿Te acuerdas de la última fiesta que dio Verónica en su casa?

Donna se acordaba. También de la llamada telefónica, y así se lo manifestó.

—Pues desde entonces estoy en un lío, preciosa — añadió después.

—¿Melisa?

Una sombra cruzó por la frente de Riverton, sombra que duró un escaso segundo.

—Eso es solo una parte, Donna — dijo —. Nada más que una parte. Lo peor no es eso.

—¿Entonces...?

Riverton fumó en silencio durante unos cuantos segundos y luego procedió a explicarle todo lo ocurrido hasta aquel mismo momento, y terminó diciendo:

—Esas listas me traen de cabeza, Donna. ¿Comprendes por qué? Yo, como te he dicho, he ido a ver a Marcos Aumont. El nada sabe de ellas.

—Pero te ha dado las señas de Paula Stivens, ¿no? Esa lagarta fue la que te engañó. Ella te dirá a quién se las entregó, y posiblemente si ya han salido del país.

—Sí, es lo más seguro. Iré a verla tan pronto como amanezca. Espero hacerla hablar de un modo u otro.

—Y de Aumont, ¿qué piensas hacer, querido?

—No sé si le dejaré marchar —replicó.

Luego, como si repentinamente le hubiera asaltado una idea divertida, Riverton soltó una corta y alegre carcajada.

—¿De qué te ríes, Chuck? —preguntó ella con un tono de extrañeza en su voz—. ¿De mí?

—¡Claro que no, ricura! Me río de Aumont. Le he dicho que le dejaría marchar, y no va a ser así. Tan pronto como amanezca me pondré en contacto con H. V. Steele, y cuando Aumont salga de su casa, creyendo que está completamente libre, le detendrán. H. V. tiene medios más que suficientes para hacer hablar a cualquiera por muy reacio a ello que se muestre. Y lo voy a hacer, porque tengo el presentimiento de que Aumont sabe mucho más de lo que me ha dicho.

—¿Y Paula Stivens?

—Ella también puede saber mucho, aunque no creo que sea tanto como el propio Aumont. Paula, a mi entender, es solo una mujer que cobró algunos dólares por hacer un trabajo, y nada más. Y lo hizo bien, a fe mía. Y no porque se llevara las listas, sino por algunas cosas más.

Donna tuvo el buen acuerdo de ruborizarse un poco ante las palabras de él.

—Pero te puede decir qué hizo con las listas, ¿no? —preguntó después de unos cuantos segundos de silencio, y sin mirarle.

—Eso es lo que quiero, Donna. Y lo conseguiré. De ello puedes estar segura.

Donna también estaba segura de ello, pero no lo dijo. Simplemente se puso en pie después de tomar el vacío vaso de él, y dijo:

—Te sirvo otro, ¿verdad, querido?

Riverton asintió en silencio.

Ella se alejó del mismo modo, pensativa, y ahora tardó algo más en regresar que la vez anterior. Le dio el vaso, ocupó el sillón, y mirándole fijamente espetó:

—¿Qué hay de Melisa, Chuck?

Riverton tardó algo en replicar. El tiempo que empleó en tomar

el vaso y beber un poco.

—No deseo hablar de ello, Donna. Comprendes, ¿verdad?

Ella clavó sus grandes y rasgados ojos pardos en él.

—Pero tenemos que hablar, Chuck —replicó.

—¿Por qué?

—Por nosotros. Creí que lo comprenderías.

Riverton tampoco replicó ahora de momento. Cuando lo hizo, su voz sonó un tanto ronca.

—Escucha, Donna —dijo fríamente—; Melisa y yo hemos terminado para siempre. Como dices bien, ahora quedamos tú y yo, ¿verdad? Pues escucha esto; mañana tal vez haya dado fin a todo esto. Si es así, saldremos ambos de los Estados Unidos. Luego pediré el divorcio desde el sitio en que nos encontremos tú y yo. Claro está, que eso será si es que quieres venir conmigo.

Mirándole ahora por entre sus entornadas pestañas, Donna replicó:

—¿Y dónde iremos, Chuck?

—A cualquier país neutral, querida. España por ejemplo. ¿Qué te parece?

—Chuck, ¿es cierto que deseas llevarme contigo?

—¡Pues claro! ¡Tan pronto como acabe con este asunto! Y eso será mañana mismo.

Donna permaneció silenciosa durante unos cuantos segundos y luego, de una manera repentina, se levantó del sillón que ocupaba y fue a sus brazos.

Unos segundos más tarde Riverton empezó a perder la conciencia de todo entre caricia y besos, pero sin que por ello dejara de pensar en otras cosas.

Incluso en Melisa.

Pero unos cuantos minutos más tarde, hasta esto olvidó.

Sobre las tres de la madrugada recobró parte de su personalidad y entonces se separó de sus brazos. Donna le miró un tanto asombrada y luego murmuró:

—Chuck, ¿qué te ocu...?

—Nada, querida — la atajó—. Pero debo irme. Si no, no lo hago...

—¿Tan pronto?

Riverton hizo un gesto de impaciencia que no pasó inadvertido

para ella.

—Tengo que hacerlo, preciosa — replicó después —. Compréndelo. Cuanto antes acabe con este feo asunto, más pronto estaremos juntos — la miró fijamente y acto seguido añadió—: Creo conveniente que vayas preparando algunas de tus cosas. Si todo sale bien, es muy posible que ambos abandonemos los Estados Unidos mañana por la noche.

—¡Chuck, querido...!

De nuevo vino a sus brazos, y Riverton tuvo que apartarla suavemente pero con firmeza. Luego se puso en pie y fue al lavabo, donde se arregló un poco. Cuando regresó, Donna se encontraba en el centro del *living* mirándole con los pardos ojos ahora muy brillantes.

—Tengo que marcharme, Donna —dijo Riverton apenas verla.

—Lo sé. Anda, vete ahora... o no tendré fuerzas para dejarte marchar, querido.

Riverton sonrió y luego avanzó hacia la puerta. Ella fue detrás hasta la que daba acceso a la escalera y allí le besó de nuevo.

Luego cerró a su espalda mientras Riverton, con el cerebro lleno de turbias ideas alcanzaba la escalera y empezaba a descender por ella.

Había mentido a Donna en lo tocante a que deseaba abandonarla para intentar terminar con aquel caso todo lo más rápidamente posible. No era eso lo que deseaba por el momento.

Deseaba descansar. Eso era todo. En otras ocasiones hubiera podido hacerlo allí, en el apartamento de Donna, pero ahora, ella no deseaba precisamente el descanso.

Riverton avanzó por la acera, sumido en multitud de pensamientos. Pensaba entre otras cosas, en Paula. Al día siguiente, tan pronto como abandonara su propio apartamento, iría a verla.

Luego telefonaría a H. V. para que éste se hiciera cargo de ella, así como de Aumont.

En la esquina inmediata tomó un taxi y se hizo conducir a su apartamento. Al subir en el ascensor, Riverton recordó de nuevo a Melisa y una sonrisa sarcástica entreabrió sus delgados labios.

¡Al diablo con todo!

Introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar. Encendió la luz. Al hacerlo, tuvo la intuición de que no estaba solo. De que

había alguien más en el interior del apartamento.

No había visto nada, no había oído nada, pero era así. Cautelosamente, llevando la «Magnum» en la mano, Riverton avanzó en dirección al *living*.

CAPÍTULO XIII

Sin una sola vacilación, Riverton empujó violentamente la puerta, haciéndolo con el pie, y ésta se abrió hacia adentro con fantástica fuerza.

Desde el sofá que ocupaba, con una maravillosa *negligée* de nylon, bajo la cual no había nada, como no fuera ella misma, Melisa Riverton soltó una pequeña exclamación de espanto.

Se puso en pie de un salto y luego, con los ojos agrandados por el miedo miró la automática que empuñaba su marido.

—¡Chuck! No... ¡No lo hagas!

Durante unos segundos, Chuck la miró con el más vivo asombro retratado en su semblante. Luego lanzó una carcajada que tuvo algo de nerviosa y se guardó la «Magnum».

—Pero, ¿has creído que yo...? No, Melisa. No merece la pena. Por otra parte, no me creo con ánimo de matar a ninguna mujer, aunque esta mujer sea como tú eres. Ahora...

—Por favor, Chuck, deja que te explique —interrumpió ella.

—¿Crees que hay algo que explicar, muchacha? —Señaló hacia el interior del apartamento y añadió: — Puedes pasar aquí la noche si lo deseas, Melisa. Pero nada más. Si has pensado volver para quedarte, estás muy equivocada.

—¡Chuck! Yo...

Pero Riverton no hizo caso. Con una última mirada de asco, que la envolvió de pies a cabeza, dio media vuelta y se alejó hacia una de las habitaciones.

Penetró en ella cerrando por dentro y completamente vestido se tendió en la cama.

—¿Conque había vuelto?

De viva voz se hizo esta pregunta, y se dio la respuesta mentalmente. Se necesitaba tener cinismo para haberlo hecho.

Luego intentó dormir. No podía. Le era completamente imposible. La presencia de Melisa dentro del apartamento le ofuscaba el pensamiento y le arrebatava el sueño.

Oyó el reloj. Las cuatro. Luego fueron las cinco, las seis y las siete.

Abandonó el lecho y pasó al cuarto contiguo. Al cuarto de baño. Se desvistió y se dio una ducha. Se vistió de nuevo, examinó la carga de la «Magnum» y abandonó el dormitorio procurando no hacer ruido.

No deseaba enfrentarse de nuevo con Melisa.

Pero apenas si lo hubo hecho, comprendió lo inútil de sus precauciones, ya que Melisa estaba allí, en uno de los sillones del *living*, vestida de calle, esperándole.

¡Diablos, y qué hermosa estaba a pesar de los círculos morados de sus ojos!

Pero Riverton se guardó el comentario para él solo, y avanzó hacia la puerta sin querer mirarla, notando que a pesar de todo sus convicciones vacilaban.

Y fue Melisa la que le salió al paso anteponiéndose entre él y la puerta.

—Te ruego que me escuches, Chuck —dijo tomándole de la mano.

Riverton dio un paso atrás y en el acto vio el estupor retratado en los ojos de su esposa.

—Nada tengo que escuchar ni nada tengo que hablar contigo, Melisa. Todo cuanto teníamos que decirnos nos lo dijimos ya, en una época no muy lejana. ¿Recuerdas? Ciertamente que tal vez yo o las circunstancias hayamos tenido la culpa de esto. Ciertamente todo, si es que me permites decirlo así. Pero nada más, querida. Ahora, otra cosa; puedes quedarte en la casa si lo deseas, pero no será conmigo. Y no intentes detenerme de nuevo, ya que sentiría tener que golpearte.

—Pero, Chuck...

Riverton dio media vuelta y se alejó con paso firme. Melisa dio un par de pasos hacia él, pero se detuvo mucho antes de alcanzarlo. Después, con los ojos agrandados por el estupor, permaneció mirando la puerta que acababa de cerrarse a espaldas de su marido.

Entretanto, Riverton alcanzó la calle. Rectamente, sin mirar

atrás, fue en busca de su coche. Entró en él, dio el arranque, encendió un cigarrillo y después embragó.

Mientras emprendía el camino hacia la calle Ocho, donde sabía que encontraría a Paula Stivens, si es que Aumont no le había mentido, procuraba no pensar en Melisa.

Había sido duro con ella. Muy duro, pero debía de hacerlo. Tenía que ser así. Ahora que Marcos Aumont la había dejado, ella volvía de nuevo a sus brazos.

Sintió risa, y sintió pena al pensar en ello. Luego sacudió la cabeza. Era mejor pensar en Paula. En la bella Paula a la que no tardaría en pasarle la cuenta.

En Donna. Donna, que le estaría esperando aquella noche. Donna, que iba a irse con él, tal vez a España. El único país verdaderamente neutral en aquella cruenta guerra que estaba asolando Europa.

Desde luego era mucho más agradable pensar en ella que en otra cualquiera.

Pero a pesar de sus pensamientos, de nuevo, una vez más, la sonrisa sarcástica, que ya se estaba convirtiendo en un hábito en él, afloró a sus labios.

Riverton aparcó el coche frente al número 619 de la calle Ocho, la cruzó mirando a todos lados y entró en el portal. En el acto miró la tablilla indicadora.

Y no se sorprendió al que en el piso correspondiente al apartamento 43, no había ninguna Paula Stivens. Aunque sí una Silvia Lancaster. Sonrió fríamente y penetró en el ascensor.

Tres minutos más tarde estaba frente a la puerta del apartamento. Alargó la mano hacia el zumbador, y pensándolo mejor no llamó. ¿Para qué quería alarmar a los vecinos si ella tardaba en despertar o en abrir?

Riverton extrajo del bolsillo el manojito de ganzúas que siempre llevaba consigo, y dos minutos más tarde volvía a cerrar la puerta, haciéndolo a su espalda.

Había luz en el interior del apartamento. Esto fue lo primero que le llamó la atención.

Las ventanas estaban abiertas y la luz del nuevo día lo alumbraba todo. Por lo tanto, aquella bombilla encendida estaba fuera de lugar.

Maldijo secamente pensando en Aumont. Aquel tipo se la había jugado por segunda vez.

Riverton estaba seguro de que apenas si le dejó, éste había salido de su apartamento para telefonar a Paula. La puso en antecedentes y ella huyó precipitadamente de allí, dejándose una de las luces encendida.

Se detuvo y miró en torno. Un cómodo y bonito apartamento. Podía ser que en cualquier parte del mismo Paula hubiera dejado algún indicio que le permitiera a él saber a dónde había ido.

Empezó a registrar, dejando el dormitorio para lo último.

Media hora más tarde, decepcionado por completo ya que no había encontrado nada, Riverton se encaminó a éste. Era el último lugar donde tenía que mirar y esperaba encontrar en él lo que en el resto del apartamento. O sea, nada.

Pero se equivocó.

Paula Stivens estaba allí, sobre la cama, mucho más hermosa que nunca, pero muerta.

Riverton se detuvo en el centro de la puerta mientras que una arruga profunda se marcaba en su frente.

Después, muy lentamente, se fue acercando al lecho. Entonces, cerca ya, supo que por lo menos el rostro no era ni mucho menos tan hermoso como cuando él la vio aquella memorable noche.

Ahora estaba contraído en una mueca de dolor, de infinito sufrimiento, y sus grandes y hermosos ojos estaban espantosamente fijos en el cielo raso de la habitación.

Entre sus senos había un agudo puñal clavado hasta la empuñadura, y la sábana que tenía debajo estaba tinta en sangre.

Riverton maldijo entre dientes. Aquello solo podía haberlo hecho una persona. Marcos Aumont era el hombre. Marcos Aumont se iba del país, y él había tenido la culpa de que ocurriera aquello.

Ahora estaba seguro de que tan pronto como le dejó, Aumont se encaminó directamente al apartamento de Paula y la asesinó, temeroso de que ella dijera todo lo que sabía sobre el asunto, que no debía de ser poco a pesar de lo que él mismo habló con Donna refiriéndose a ella.

Riverton, mientras la examinaba sin tocarla, pensó en las listas. ¿Qué había hecho Paula con ellas? ¿Quién las tendría ahora? Eso suponiendo que no las hubieran sacado del país.

Eran preguntas que por el momento para él no tenían ninguna respuesta aceptable. Preguntas que solo una persona podía contestarlas. El asesino de Paula Stevens.

¡Marcos Aumont, en este caso!

Riverton retrocedió lentamente. Al llegar a la puerta del dormitorio dio la espalda a la muerta y luego caminó aprisa hacia la que daba acceso a la escalera.

Abandonó el apartamento dejando aquella bombilla encendida y salió a la calle. Ya en la acera, Riverton miró a ambos lados sin ver nada sospechoso en la misma. Entonces la cruzó y penetró en el interior de su coche.

Condujo lentamente hasta la primera cabina telefónica, entró en ella y disco. Unos segundos más tarde estaba hablando con la secretaria del viejo H. V.

—Soy Riverton, ricura —dijo—. Quiero hablar con míster Steele. Es importante.

—Hola, Chuck. Espera, que enseguida te pongo.

Al instante oyó el ruido de la clavija cuando ella le dio la línea, y unos segundos después se oyó preguntar:

—¿Es usted, Chuck? ¿Qué desea?

Riverton curvó los labios en una sonrisa. Exactamente lo mismo que si H. V. estuviera frente a él, y después replicó:

—He encontrado a Paula Stevens, míster Steele.

—¡Cuernos! ¡Tráigala aquí, muchacho! Esa pájara sabe muchas cosas.

—Lo sé. Por eso le han cerrado la boca. La encontrará en el número seiscientos diecinueve de la calle Ocho, piso octavo, apartamento cuarenta y tres. Alguien la apuñaló hace un montón de horas, según pude observar al examinar el cadáver...

Al otro lado de la línea reinó un profundo silencio que duró más de medio minuto. Transcurrido el cual, H. V. habló de nuevo:

—¿Sabe quién lo hizo, Chuck?

Riverton aspiró profundamente.

—Tengo al hombre, míster Steele —replicó—. Mejor dicho, lo tendré dentro de veinte minutos, si es que no ha huido también.

—¿Quién es? Escuche, Chuck, no se mueva de ahí y espere a que lleguemos. ¿Entiende? Será cuestión de pocos minutos.

Riverton sacudió la cabeza de un lado a otro, como si H. V.

pudiera verle, y replicó:

—Esto ha sido cosa mía desde un principio, míster Steele. Por lo tanto, aunque sea por una sola vez, voy a desobedecerle a usted. Tendrá a ese hombre antes de una hora.

Colgó antes de que H. V. pudiera decir nada más, y rápidamente abandonó la cabina telefónica.

De nuevo frente al volante, y sin poderlo evitar, pensó en Melisa. En ella y en Aumont. Un agente nazi. Un asesino. Así eran todos, por lo menos hasta el momento.

Paula Stivens también había recibido el pago por el favor que les hizo cuando le robó las listas. Una puñalada entre sus dos senos que le había partido el corazón.

Detuvo el coche una cuadra antes de llegar al edificio en donde Marcos Aumont tenía su apartamento y después avanzó lentamente, sin prisas, mirando a ambos lados de la calle, con la mano derecha metida en el bolsillo del pantalón de aquel lado, empuñando la pesada y poderosa «Magnum».

«Tengo al hombre».

Esto es lo que le había dicho a H. V., y si bien no lo tenía en aquel momento, no iba a tardar en tenerlo. Vivo o muerto. Eso era todo por el momento. Luego... tal vez cumpliría la palabra que le dio a Donna. Donna le quería, siempre había estado enamorada de él. Puede que ella no le traicionara como le traicionó Melisa.

Melisa... ¡Mal rayo la partiera en mil pedazos!

Junto al portal. Riverton extrajo el arrugado paquete de cigarrillos. Sacó uno y lo encendió. Miró de nuevo a todo lo largo de la calle. A ambos extremos de la misma.

Nada.

Simplemente los peatones en su ir y venir a su quehacer diario. Entró en el portal y empezó a subir lentamente la escalera.

Minutos más tarde se detuvo frente al apartamento en el cual ya había estado una vez. Tanteó la puerta con la mano izquierda y frunció el ceño cuando ésta cedió a la ligera presión.

Estaba abierta. Simplemente entornada, dando la sensación a aquel que pasara por el pasillo, que estaba completamente cerrada.

Riverton frunció el entrecejo y escuchó. Ningún sonido le vino del interior del apartamento. Vaciló unos segundos y por fin entró.

Miró la puerta. Tenía la llave por dentro. Riverton la cerró a su

espalda. Extrajo la «Magnum» del bolsillo y con ella en la mano avanzó hacia el interior.

Tres o cuatro minutos más tarde encontró a Marcos Aumont.

Estaba muerto. Asesinado.

Pero el asesino, aquella vez, había obrado en forma diferente. Aumont no tenía clavado ningún puñal en medio del pecho, pero sí un balazo en el centro de la frente, por cuyo negro y siniestro agujerito se había deslizado la sangre que ahora manchaba un tanto su blanca camisa.

Riverton se detuvo y le miró desde el umbral de la puerta que daba acceso al *living*, mientras que en su frente se marcaba una profunda arruga.

Luego, lo mismo que había hecho en el apartamento de Paula Stivens, hizo allí; se acercó lentamente y se inclinó sobre el cadáver para examinarle.

Luego se enderezó y miró en torno. Después empezó a registrar el apartamento, pero como en el caso de Paula Stivens, tampoco pudo encontrar nada. Ni el más leve indicio.

Nada.

No encontró nada que le pudiera dar ni la más ligera idea de cómo habían ocurrido las cosas.

Desde el dormitorio de Aumont, Riverton regresó al *living*.

Y fue al mirar el teléfono, pensando en lo que diría H. V. tan pronto le diera la noticia, cuando lo comprendió todo de golpe.

Fue algo así como si repentinamente hubiera sentido un mazazo en pleno cráneo, ya que se tambaleó.

CAPÍTULO XIV

Llevado por su nueva idea, con el consiguiente nerviosismo, que le hizo equivocarse de número varias veces, discó hasta lograr comunicación con H. V., de nuevo en su despacho del Departamento de Defensa.

—¿Riverton...?

—Yo mismo —replicó apenas si le fue formulada la pregunta—. Escuche, míster Steele, encontré al, hombre, tal y como le dije. Pero está muerto. Le han asesinado.

En aquella ocasión, H. V. se permitió una violenta interjección. Luego replicó:

—¿Quién era, Chuck?

—Marcos Aumont —replicó éste fríamente.

—Oiga... No le habrá matado usted, ¿verdad?

En menos de un segundo, Riverton captó todo el significado de aquella pregunta. Soltó en el acto una tenue y corta carcajada y replicó:

—No, míster Steele. Por esta vez no he sido yo, y no por falta de ganas. La verdad es que, de encontrarle vivo, no sé lo que hubiera hecho.

Siguió un corto silencio que rompió H. V. cuando replicó:

—Ahora, Chuck, ¿quiere no moverse de ahí y esperarme?

—Una dura sonrisa crispó los delgados labios de Riverton.

—Le esperaré. Yo también deseo hablar con usted.

—¿Dónde está? Deme las señas, ¿quiere?

Riverton se las dio y luego colgó el auricular. Salió del living llevando el cigarrillo en los labios, y fue a sentarse cerca de la puerta, esperando.

No fue mucho. Menos de un cuarto de hora. H. V y sus hombres, seis en total, contándole a él, llegaron en dos coches en el más completo silencio.

Riverton les abrió la puerta tan pronto como les oyó llegar y enfrentó a H. V., mirando de frente a aquellos ojos grises y fríos como el hielo.

—¿Cómo fue, Chuck?

Esa fue la primera pregunta de H. V., a la cual Riverton y yo tenemos que hablar.

—No lo sé, ya que yo no estaba aquí —replicó después—. Pero sé quién lo hizo.

H. V. miró a sus hombres. Hizo una seña y dijo:

—Buscad ese cadáver y examínadlo. Entretanto, Riverton y yo tenemos que hablar.

Se volvió a él y le miró rectamente a los ojos.

—¿Quién lo hizo, Chuck?

—La sonrisa de Riverton era extremadamente fría cuando replicó:

—Se lo diré con una condición, míster Steele.

—¿Cree que está en disposición de imponer condiciones?

—¡Sí! ¡Estoy seguro de ello! —replicó Riverton — Pero no es eso lo que quiero decir, míster Steele. Simplemente deseo ser yo quien capture al asesino, y deseo hacerlo solo.

H. V. le miró fijamente durante breves segundos.

—¿Por qué desea eso, Chuck? —preguntó su remonte.

Riverton vaciló. ¿Qué podía decir? ¿Qué era por causa de Melisa? ¿Qué era por causa de Verónica, Donna o Diana? ¿Qué era por aquellas tres mujeres que, como tantas y tantas otras, habían formado parte de su vida, de su propio ser?

Se encogió brevemente de hombros, pero después de dos o tres segundos, mientras los cinco miembros del servicio de contraespionaje continuaban examinando el cadáver de Marcos Aumont, contestó con la verdad.

—Se trata de lo siguiente, míster Steele —replicó. —Escuche, por favor...

Aquí, Riverton se extendió en largas explicaciones, pero no le dijo quién era; y al cabo de las cuales, H. V. preguntó, después de dos largas horas de conversación:

—¿Está seguro de ello? Si es así, ¿qué piensa hacer?

Riverton hizo una extraña mueca, pero H. V. pudo atribuirlo al hecho de ver cómo en aquel entonces sacaban del apartamento el

cadáver de Marcos Aumont, después de haber puesto en conmoción a todo el edificio de apartamentos.

Sin embargo, no era así.

Pero perdió la ética. Cualquier hombre hubiera podido perderla tratándose de un caso como aquel. Por lo tanto, Riverton maldijo secamente antes de replicar:

—¿Qué haría usted, míster Steele? Póngase en mi lugar, ¿quiere? Sé que pertenezco al servicio secreto. Sé que estamos en guerra y que no hay que tener compasión con el enemigo. Sé otras muchas cosas más, que me dan atribuciones a tomarme la ley por mi mano, como en el caso de Harbou. Pero ahora no lo haré. Quiero ver a ese asesino, primero, pudriéndose en la cámara que antecede a la de la muerte. En capilla, si me entiende. Luego, deseo experimentar en mí, aunque solo sea, con la imaginación, cómo se siente cuando el alcaide de la prisión de Sing-Sing y el capellán vayan a roscarlo para conducirlo a la cámara donde se oculta esa fatídica silla eléctrica. Quiero, en fin...

Y el mismo se calló repentinamente, víctima de su propia pasión. Víctima del odio que parecía tener contra él mismo, y contra todos.

—Le ruego que me perdone, míster Steele —añadió después—. Ahora, si no tiene inconveniente alguno, deseo ser yo quien termine este caso. Le doy mi palabra que no intentaré eliminarle. Que le llevaré a que se enfrente a un tribunal para que le juzgue. ¿Me da ese permiso?

H. V. replicó con otra pregunta:

—¿Qué hay de Melisa, Chuck?

Riverton replicó con algo que H. V. no esperaba en modo alguno:

—Deseo un pasaporte a nombre de Donna Reeder y otro al mío, míster Steele. Ambos nos iremos del país tan pronto como acabe con este asunto.

El rostro de H. V. se contrajo.

—¿Piensa dejarme, Chuck?

Riverton hizo una mueca y luego replicó:

—Sí. Usted, tanto como yo, sabemos que mis nervios ya no están como antes. Necesito un descanso. Si mal no recuerdo, usted mismo me habló de ello, a raíz de la desaparición de esas listas, ¿no? Y si

no fue a mí, si se lo dijo a Holden, y yo estoy conforme con ello. Por lo tanto, pienso pasarme una buena temporada en un país neutral, como turista. España, por ejemplo.

Durante unos segundos ambos se miraron en silencio, silencio que H. V. rompió con una nueva pregunta:

—¿Para cuándo quiere esos pasaportes, Chuck?

Riverton sonrió, pero su sonrisa era un tanto extraña.

—Deseo salir de Nueva York esta misma noche. —Hizo una nueva pausa y añadió más para sí mismo que para nadie: — Espero que Donna se comporte conmigo en forma diferente a como lo hizo Melisa.

H. V. no replicó a aquello. No lo hizo por el momento, pero luego sí. Habló largamente extendiéndose en un sinfín de explicaciones. Después se puso en pie y ambos abandonaron el apartamento de Marcos Aumont para encaminarse rápidamente al Departamento de Defensa.

Riverton permaneció en él hasta el anochecer, y ya con los dos pasaportes en el bolsillo tendió la mano a H. V., que se la estrechó en silencio, y luego salió.

De nuevo en la calle, Riverton empuñó el volante y se encaminó directamente hacia el apartamento de Donna.

Sabía que tenía tiempo sobrado para terminar con todo aquel asunto antes de abandonar Nueva York, los Estados Unidos, por una larga temporada.

Donna misma le abrió la puerta del apartamento, y por espacio de un largo minuto ambos se miraron sin decir nada, hasta que finalmente Donna fue a sus brazos con entera sencillez.

—¡Oh, Chuck! —dijo unos segundos antes de besarle, llena de fuego y pasión—. ¡Cuánto has tardado!

Riverton no replicó, pero sí la enlazó por la cintura correspondiendo a la caricia. Luego, sin pronunciar una sola palabra, la llevó al interior del apartamento, hasta el *living*.

Allí, ambos se miraron en silencio, hasta que Donna lo rompió con una pregunta:

—¿Te preparo algo para beber, Chuck?

—Sí, claro. Un *whisky*, por favor.

Ella le dio la espalda y se alejó hacia el frigorífico.

Cuando regresó a su lado con dos vasos de *whisky*, Donna

preguntó:

—¿Nos vamos esta noche, Chuck?

Riverton sonrió.

—Sí, claro. Esta noche, preciosa. Llevo en el bolsillo tu pasaporte y el mío.

Con un pequeño grito, Donna le enlazó los brazos al cuello, y durante unos cuantos minutos el más absoluto silencio reinó en el apartamento, hasta que Riverton lo rompió separándola de sus brazos.

—Ahora hemos de hablar un poco, preciosa —dijo mostrándole el pasaporte que ella tomó para examinarlo.

Luego levantó sus grandes ojos hacia él y preguntó:

—¿Hablar? ¿De qué, querido?

Riverton frunció el ceño.

—Por ejemplo, de Aumont y de Paula Stivens.

Ella hizo un gesto de sorpresa y replicó:

—¿Qué tienen ellos que ver con nosotros, Chuck?

La sonrisa que ahora le dedicó Riverton era extraña en extremo.

—Creo que bastante.

Donna bebió un poco, mirándole por encima del borde del vaso.

—Confieso que no te entiendo, querido. ¿Quieres explicarte?

—A eso voy, monada —replicó Riverton—. ¿Me entenderías si te dijera que ambos han muerto? Asesinados, preciosa.

—¡Chuck! ¡Pero eso es horrible!

—Sí, querida, es horrible. Y aún es más horrible, ya que has sido tú la que los has matado, preciosa.

De una forma lenta y deliberada, Donna Reeder dejó el vaso de *whisky* sobró la mesita ratona y luego le enfrentó fríamente.

—¡Chuck! —exclamó—. ¿Es que estás loco?

Riverton dejó transcurrir unos cuantos segundos antes de replicar. Los que empleó en beber hasta apurar el vaso de *whisky*.

—Sé que lo hiciste tú, Donna —dijo—. Tú les mataste, lo mismo que eliminaste a Holden. Lo mismo que me hubieras eliminado a mí, mucho antes de atravesar la frontera de España, ¿verdad?

—Continúas estando loco. ¿Qué motivos podía tener yo para hacer una cosa tan horrible, Chuck?

Riverton rio silenciosamente.

—Escucha, ricura —adujo fríamente—. Esto se ha acabado. Tú

eres agente nazi. Una espía al servicio de Alemania. Tú has sido para mí... Bueno, tú lo sabes tanto o mejor que yo. Pero no era amor lo que sentías. Simplemente me necesitabas para por mediación mía averiguar todo cuanto te interesaba. No sé cómo lograste averiguarlo. Tal vez yo hice o dije algo que te hizo sospechar aún más acertadamente que estabas siguiendo el verdadero camino, y desde entonces me vigilaste aún más. Fuiste tú la que puso en mi camino a aquellos dos pistoleros poco después de la muerte de Harbou, y a Paula Stivens. Y ahora, eres tú la que tienes las listas que ella me quitó.

Rió quedamente, sin dejar de mirarla, y después añadió:

—Y ahora, asómbrate, Donna, porque no te voy a pedir esas listas. No lo haré, porque no nos hacen falta. H. V. Steele es un tipo bastante listo. Como cosa lógica, él también sabía de mis debilidades, de la debilidad que me acometía cada vez que un hombre tenía que morir por mi mano, o simplemente por mi ayuda. Estaba seguro de lo que iba a pasar, y me entregó, sí, unas listas. Unas listas completamente falsas. Unas listas que no os sirven para nada... Y ocurrió tal como él pensó. Paula Stivens hizo un trabajo muy limpio, pero que no servía para nada. Las verdaderas, las que llevan los verdaderos nombres de nuestros agentes en Francia, están ya en terreno francés. ¿Comprendes, preciosa?

Siguieron unos segundos de silencio que al fin rompió ella:

—Continúo pensando que estás loco, Chuck. Y si no es así, apuesto lo que quieras a que ni tú mismo crees lo que estás diciendo. ¿Has pensado en Melisa? Ella pudo hacerlo, por celos. Por vengarse de ti. Sé que te odiaba.

Riverton no replicó de momento. Cuando lo hizo, su voz sonó fría y cortante como la hoja de un cuchillo:

—Puede que llesves razón al decir que lo hizo Melisa, cariño, pero yo veo las cosas de otro modo. ¿Sabes por qué? Porque te tendí una trampa, y tú, a pesar de tu listeza, caíste en ella. Fue anoche, cuando te hablé de Aumont y de Paula. Te dije que le había visto a él y que pensaba ver a Paula. Era la única persona que sabía esto aparte de mi mismo, claro. Y tuviste miedo de lo que Paula pudiera decir. De lo que Aumont me pudiera contar en mi segunda visita a él, ya que esta vez iba a hablar largo y tendido, si es que quería salir del país como se proponía. Luego está también tu deseo

de salir de los Estados Unidos. Empezabas a tener miedo sabiendo que el servicio de contraespionaje iba tras tus pasos. Que sospechaba de ti. ¿Y qué mejor pasaporte que hacerte acompañar por uno de sus miembros? Luego, tú misma, o alguno de tus agentes nazis, me hubiera liquidado. Pero no aquí, sino fuera del territorio americano. En un lugar donde ya nadie hubiera podido hacer nada contra ti. Sí, Donna, trabajaste aprisa anoche. Es una lástima que ese bonito trabajo no te haya servido de nada. ¡Vamos, preciosa!... Acompáñame, que tu juego ha terminado. H. V. Steele está deseando hablar contigo.

Donna se mantuvo silenciosa durante unos cuantos segundos, bebió un poco y luego le miró fijamente.

—Sólo en una cosa te equivocas, Chuck; que el asunto no ha terminado aún, que no terminará nunca. Puede que yo sí que haya terminado. Pero vendrán otros en puesto mío, querido. Ahora, ¿puedo entrar en mi dormitorio? Es cuestión de pocos minutos. Quiero arreglarme un poco.

Riverton la miró largamente mientras una fría sonrisa entreabría sus delgados labios.

—Cinco minutos, querida —dijo después.

Sin replicar, Donna dio media vuelta y se alejó. Detrás de ella, Riverton permaneció cara a la puerta que ella cerró a su espalda, llevando en los labios tal vez la última sonrisa sarcástica que iba a permitirse en algún tiempo.

Pasaron tres minutos.

Riverton extrajo la «Magnum» del bolsillo de la axila y la pasó al de la chaqueta. Dio unos cuantos pasos hacia la puerta y esperó.

Un minuto más tarde, la puerta se abrió dando paso a Donna. Iba vestida de calle. Elegante en su traje de chaqueta, y con una impertinente sonrisa en los labios.

—Cuando quieras, querido —dijo.

Movió la mano que ocultaba a su espalda y Riverton se echó a un lado, viendo delante de sus ojos el chispazo del fogonazo. Disparó desde el bolsillo.

Donna dio un grito mientras la pistola se le iba de la mano y luego cayó de rodillas al suelo. Riverton saltó contra ella y acto seguido la golpeó en la mandíbula.

—Siento haberte hecho daño, querida —dijo fríamente mientras

ella caía hacia atrás sin conocimiento.

Luego avanzó hacia el teléfono y empezó a discar el número privado de H. V. Steele.

EPILOGO

El apartamento estaba oscuro, silencioso, más vacío que nunca. Riverton entró en él y encendió la luz.

Seguía estando vacío y silencioso. Lo mismo que si las bombillas de la gran lámpara del *living* estuvieran apagadas. Fue al frigorífico, se preparó un *whisky* y luego entró en el dormitorio matrimonial.

Un dormitorio que por espacio de dos años había compartido con Melisa y que ahora también estaba completamente vacío. Sin vida, sin alma.

Lentamente se encaminó al armario ropero. De él extrajo una maleta que depositó completamente abierta sobre la cama. Luego empezó a sacar ropa del mismo. La precisa para un viaje.

Había pensado en España. Un país neutral. Un país donde podía efectuar una cura de nervios, ¿por qué no llamarlo así? en la Costa Brava en Cataluña, o en la Costa del Sol en Málaga.

Había pensado en Donna, y ahora estaba completamente solo. Espantosamente solo. No deseaba pensar en Melisa. Ya no merecía la pena.

Empezó a empacar. Debía de darse prisa si no quería perder el avión de aquella noche.

Le llevó muy poco, menos de un cuarto de hora. Riverton cerró la maleta, bebió un poco de *whisky*, encendió un cigarrillo, tomó la maleta y abandonó el dormitorio.

Dio unos cuantos pasos haciendo ademán de cruzarlo en dirección a la puerta de la calle, y fue entonces cuando la vio.

Melisa se levantó del sillón que ocupaba y ambos se miraron en silencio unos cuantos segundos, silencio que rompió Riverton con una pregunta.

—¿Has vuelto para quedarte, Melisa?

Ella sonrió y dio unos cuantos pasos hacia él, pero se detuvo antes de acercarse demasiado.

—Sí. Es decir, si tú no me echas.

Siguieron otros cuantos segundos de silencio y al fin ambos se echaron a reír al unísono.

—Ha sido una dura lección para mí, Melisa.

—Por favor, Chuck, no hablemos más de esto, ¿quieres? Ahora debemos dejar en paz a Verónica, Donna, Diana y cualquiera sabe cuántas cosas más, ¿no? Sólo tú y yo, de nuevo.

Vino a sus brazos interrumpiéndole con un beso cuando Riverton iba a replicar.

Luego, con los senos estallantes bajo la tela del vestido, ella se separó un tanto.

—¡Chuck! ¡Yo no quería hacerlo! Fue H. V. Steele el que me llamó después de lo ocurrido entre tú y Paula Stivens. Me habló de las listas, de que te las habían quitado, y me preguntó si había sido yo, si yo había tenido que ver algo en esto, pero pronto se dio cuenta de que yo no sabía cuál era tu verdadero trabajo. Hablamos de varias cosas, de las personas que había aquella noche en la fiesta de Verónica. Poco a poco me sacó cuanto yo sabía. Entre otras cosas, el interés que Marcos Aumont tenía por mí y las intervenciones de Donna a favor de éste. Entonces me dijo que aceptara. Que hiciera todo lo posible por averiguar si él había tenido algo que ver con el robo de que tú habías sido objeto, y lo hice. Ahora solo me toca decirte que mi amor, mi especie de *affaire* con Aumont, ha sido de lo más platónico. Ni siquiera me ha besado una sola vez. Quisiera que me creyeras, Chuck.

¿Por qué no? Sabía que estaba diciéndole la verdad, y que aquella verdad significaba, como ya le había dicho a ella, una lección que no olvidaría nunca.

—Aumont no tenía aquellas listas, pero averigüé varias cosas de éste. Supe sin ningún género de dudas que el pasaporte suyo era falso. Que bajo el mismo se escondía un agente nazi, y que éste agente era un cobarde. Estaba aterrorizado. Tanto es así, que estaba dispuesto a abandonar los Estados Unidos a la menor oportunidad.

A continuación, Melisa le explicó cómo Aumont había desaparecido de su vida, sin despedirse, y también sin saber que era

vigilado de cerca por uno de los agentes de Steele, el cual le comunicó a éste dónde se encontraba tan pronto como abandonó la suite del hotel.

Después calló, mirándole a los ojos, esperando su respuesta.

—Todo eso ya lo sabía yo, pequeña —dijo él—. H. V. me lo dijo anoche, en el apartamento de Aumont. Fue una de las muchas cosas de las que hablamos.

—Entonces, ¿ahora...?

Riverton la enlazó por la cintura, y ella se interrumpió para buscar sus labios, que besó con verdadera desesperación.

Después apagaron la luz, mientras el pasado, las equivocaciones y, en fin, todo, se borraba de sus mentes.

FIN



NO ME APUÑALES, PRECIOSA

por Clark Carrados

Descargué el filo de la mano sobre su nuca. Hutt se estiró convulsivamente y cayó al suelo, convertido en un tronco.

Recogí su pistola rápidamente, comprobando que se hallaba en perfecto estado de funcionamiento. Luego registré las ropas de Hutt; no llevaba más armas. Hecho esto, crucé el umbral.

Pisé de puntillas sobre el suelo del vestíbulo. La puerta de la habitación estaba entreabierta y por ella salía un rayo de luz amarillenta.

Bruscamente, la puerta se abrió y la silueta de un individuo se recortó claramente contra el espacio iluminado.

—¿Hutt? —preguntó Bowles recelosamente.

—No soy Hutt —contesté—. Suelte esa pistola...

La respuesta del sujeto fue un tiro que a poco más me vuela la cabeza. Empecé a apretar el gatillo.

*Una hermosa muchacha hundida hasta el
cuello en el turbio mundo de las drogas...*

*Un hombre que intenta salvarla con riesgo de
su propia vida... ¡y cuya única recompensa
puede ser una cuchillada en el corazón!*

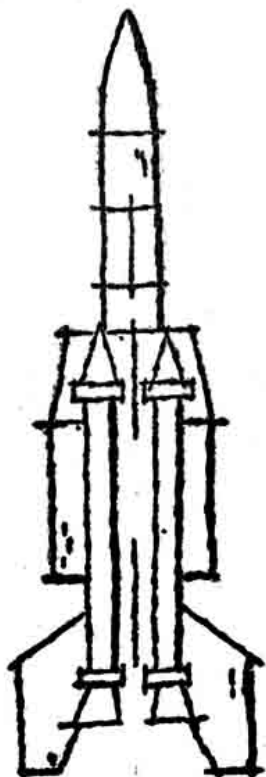
NO ME APUÑALES, PRECIOSA

*una de las mejores novelas de CLARK
CARRADOS, aparecerá en el próxi-
mo número*

¡No deje de leerla!

Los cohetes

WIM DANNAU



Los actuales cohetes son un anticipo del mundo futuro: niños mimados de la técnica, armas poderosas, vehículos ultrarrápidos, naves del espacio, con ellos toman cuerpo los más audaces sueños del hombre.

La clara y sintética exposición del presente volumen constituye el primer testimonio de la Era que acaba de empezar.

Aquí están todos los modelos de cohetes que hoy se conocen, desde el proyectil antitanque al coloso que pone en órbita un satélite artificial.

Un catálogo que mañana servirá a la historia.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



eso
tiene
VETERANO
un
VETERANO
sabor

VETERANO es de OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain